

PALABRAS
Para
VENEZUELA 2007



PALABRAS
Para
VENEZUELA 2007

Banesco
Banco Universal



Banesco
Banco Universal

Directiva

Presidente de la Junta Directiva

Juan Carlos Escotet Rodríguez

Vicepresidente de la Junta Directiva

Luis Xavier Luján Puigbó

Directores

María Josefina Fernández Maroño

Nelson Becerra Méndez

Gonzalo Clemente Rincón

Fernando Crespo Suñer

Salvador Cores González

Carlos Acosta López

Miguel Ángel Marcano Cartea



PRESENTACIÓN

Junta Directiva de Banesco Banco Universal

El impacto y la resonancia pública que produjo la tercera edición de Palabras para Venezuela, que tuvo como invitados incomparables al poeta Derek Walcott y al economista Muhammad Yunus, nos coloca, entre cosas, ante una pregunta específica: ¿Qué explica el interés creciente, la alta repercusión que tuvo el encuentro y, aún más, la calidad de la recepción, la acogida sincera y cálida que tantas personas e instituciones le dieron a nuestros dos invitados? ¿Por qué, a medida que el encuentro se reitera, el eco del mismo es más duradero y extendido?

Nuestra idea es que *Palabras para Venezuela* se corresponde con una necesidad muy profunda de la sociedad venezolana, la de reivindicar el diálogo como la plataforma más relevante de la convivencia. Lo que estimula y resulta tan comprometedor entre audiencias tan diversas es la significación del mensaje que cada encuentro propone a la opinión pública venezolana.

Lo que las figuras y las palabras de Ernesto Sábato y Lech Walessa (2003), Oscar Arias y Mikhail Gorbachev (2005), y Derek Walcott y Muhammad

Yunus (2007) contienen y proyectan, se expresa en ideas como valoración de la pluralidad, reconocimiento por el otro, así como un incesante y categórico respeto por lo humano.

Cuando Banesco decidió crear y ofrecer a la sociedad venezolana un conjunto de contenidos como *Palabras para Venezuela*, corría el riesgo de que la propuesta no fuese entendida en su exacta dimensión, a saber, la de ser un foro público, un escenario desde el cual, con la participación de ciudadanos que gozan de reconocimiento mundial, se generase una reflexión sobre los incalculables beneficios del diálogo y del acuerdo.

Lo que entonces era una hipótesis que habíamos creado a partir de diversos recursos de investigación, ha dejado de serlo una vez que se han cumplido tres encuentros, cada vez más exitosos: ahora estamos plenamente seguros de que a la sociedad venezolana le interesa y conmueve todo aquello que invite al diálogo, que incite al entendimiento y la fraternidad.

Este libro le habla al *sujeto de convivencias* que parece habitar en lo más profundo del ser venezolano. En las páginas que siguen, si algo es persistente, es el elogio y el llamado al diálogo, al permanente encuentro entre todos los venezolanos, pero también entre los ciudadanos de todo el mundo.

La Junta Directiva



Índice

- 6 *Discurso de apertura*
Juan Carlos Escotet
- 15 *La visita del poeta Derek Walcott*
Michaëlle Ascencio
- 33 *Encuentro con los intelectuales*
Michaëlle Ascencio
- 43 *Palabras de Derek Walcott*
- 53 *Muhammad Yunus: cuando el incansable esfuerzo abre sus brazos hacia la perfección*
Armando Coll
- 64 *Encuentro con empleados de Banesco Banca Comunitaria*
Armando Coll
- 71 *Palabras de Muhammad Yunus*
- 86 *Discurso de cierre*
Luis Xavier Luján
- 90 *Nuestros Emprendedores*



Banesco

PALABRAS
VENEZ



JUAN CARLOS ESCOTET

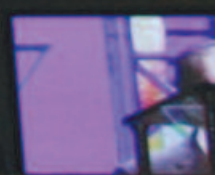
Presidente de Banesco Banco Universal

¡Muy buenas noches a todos!

Ciertas voces tienen una admirable capacidad y una peculiar fuerza para atravesar grandes distancias. Con sensibilidad e inteligencia se desplazan por el mundo. Lo extraordinario es que logran ser acogidas más allá de sus lenguas y de sus culturas. Así como profesan la vocación de crear y permanecer en un lugar determinado, también hay quienes, a partir de sus raíces, viajan por el mundo y las ofrecen, la comparten con otros, con muchos otros.

Si nos preguntásemos cuánta proximidad o cuánta lejanía sentimos ante nuestros invitados, un poeta nacido en la Isla de Santa Lucía, y un economista nacido en Bangladesh, podríamos detenernos sólo en el aspecto de la distancia geográfica. Pero hay otros asuntos mucho más sustantivos que el número de kilómetros para pensar y sentir si un visitante es tajantemente un extranjero, o si, aunque haya venido de otra parte, de un lugar más allá del nuestro, es alguien con quien tenemos alguna vecindad, un conjunto pequeño o no tan pequeño de afinidades, temas y percepciones comunes.

MÁS DE UNA DÉCADA
DE RESPONSABILIDAD



Porque esa es justamente la pregunta de fondo que explica este encuentro que hemos llamado *Palabras para Venezuela*, y que hoy, por tercera vez, se cumple con el mismo entusiasmo con que lo soñamos hace ya algunos años.

En 2003 vinieron, desde Polonia, Lech Walessa, y desde Argentina, Ernesto Sábato. En 2005, desde Costa Rica llegó Oscar Arias, y luego de un largo viaje llegó Mikhail Gorbachev, desde la enorme Rusia. Hombres cuyas vidas han estado determinadas por sus respectivas geografías y realidades, y que sin perder nunca ese tejido, esa modulación que los hace diferente, pudimos escucharles y recibir de cada uno elocuentes pensamientos, para luego, cada quien, escoger y guardar algunos en su memoria.

Palabras para Venezuela se fundamenta en una idea de apariencia sencilla, pero que constituye ella misma una de las grandes preguntas de la humanidad.

El reconocimiento del incalculable valor que tiene el encuentro, la acogida del que es distinto, del que proviene de otro lugar y de otra experiencia y está dispuesto a hablarnos de lo que siente y conoce. Aunque son muchas las razones que nos animan al esfuerzo de organizar un encuentro como el que esta noche nos congrega, si me pidieran que lo expresara en una mínima fórmula, diría que ella es para tener el privilegio de escuchar a otros, que vienen de otras partes y traen consigo otras experiencias y aprendizajes.

En la idea misma de escuchar hay algo que puede resultar demasiado obvio y, por ello mismo, engañoso. Vivimos bajo ciertas presunciones que no siempre facilitan el acceso considerado del otro a nuestro ámbito. Venimos de una larga cultura marcada por el fuego del cielo y el recelo. Estamos convencidos de que escuchamos y, tal vez, eso no sea tan cierto como creemos.

Asociamos la idea de lo seguro a lo que nos resulta conocido y repetido. Prejuicios, múltiples desengaños, una economía del menor riesgo intervienen y obstaculizan la posibilidad de interactuar con aquellos que provienen de un universo humano, emocional y productivo distinto al nuestro.

Y resulta que en los relatos de muchos de nosotros, en nuestras historias de vida, en las cosas que nos han pasado y que han cambiado nuestro destino para siempre, a menudo nos encontramos con que ha sido UN OTRO, algo o alguien que no integraba el elenco de nuestras representaciones, o que no



formaba parte de nuestras expectativas o del cartel de nuestros conocidos, la figura que un buen día irrumpió y nos trajo una novedad que ha sido decisiva en nuestras trayectorias. Sé que cada uno de ustedes sabe a lo que me refiero: marchábamos por un camino, a una velocidad promedio, hasta que en un instante, de modo imprevisto, una fuerza, una decisión, un ser inesperado cambió la ruta y el objetivo.

Los estudiosos de la cultura venezolana quizás podrían aportarnos una comprensión realmente fundamentada de esta intuición. Pero me siento bastante ganado a la idea de que la aventura y el riesgo del otro han sido tremendamente fructíferos en nuestra tierra de mestizos y mestizajes, a la que se han ido sumando, incorporando, integrando, oleadas y hasta generaciones de gente venida de tantos lugares. Siglos y siglos en los que la narración del foráneo que llega, se aviene, se instala y aquí permanece, se repite infatigable, como si ese fuese uno de nuestros sentidos, uno de nuestros signos tectónicos.

Pero también es posible que una paradoja sea parte de nuestro patrimonio: la misma cultura que se ha ido forjando, tras sucesivas oleadas de seres que llegaron y ocuparon estos espacios, estas costas, estas llanuras y montañas a lo largo del tiempo, esa misma cultura, o una parte de ella, podría haberse

apertrechado de un cierto endurecimiento, de una cierta cerrazón para escuchar, de una cierta resistencia o negación para abrir las ventanas y hacerse cargo del vasto universo de novedades que nos rodea.

Por ello, la palabra que quiero invocar esta noche es APERTURA, en lo que ella propone como disposición hacia el mundo y los demás. Abrirnos a lo que viene de afuera ha sido y debería seguir siendo nuestra fuente primordial de interrogantes sobre lo que somos y sobre el modo en que vivimos. El que es distinto trae siempre otras energías, tangibles e intangibles. Otros sueños, otros espejismos; proyectos de variado carácter y relatos de vida que se han alimentado de materiales de distinta procedencia.

Entonces, cabe decir, frente a testigos como **Derek Walcott** y **Muhammad Yunus**, que ese otro al que me refiero con excesiva frecuencia ha estado aquí, no lejos, sino entre nosotros. Y que en el seno mismo de nuestra cultura, en la manera como la realidad cotidiana transcurre con sus días y sus noches, quizá hasta sin percatarnos de ello, demasiadas vidas y experiencias se nos han vuelto ajenas, ausentes, casi invisibles o simplemente inexistentes.

¿Nos pesa? ¿Nos estremece? ¿Estamos acaso impedidos de aceptar que varias generaciones de venezolanos podríamos habernos equivocado? No cualquiera, sino las integradas por las personas que estábamos llamadas a mantener vigilante y orgánica una visión del país, y que lentamente y al compás de los años nuestras miradas perdieron alcance y nos entregamos a la práctica de limitadas rutinas, que creímos suficientes y eficaces, resultando que un día, como quien se despierta en un lugar cuya arquitectura ha sido modificada, comenzamos a sentir que “el nuestro” se había convertido en un país que no reconocíamos del todo, porque dentro de él había presencias que sentíamos como extrañas.

Debemos considerarlo, sopesarlo en su significación: el sentimiento de extrañeza no vive fuera, sino dentro de cada quien. Lo que hace asombrosa la obra poética de Derek Walcott -y también su notable trayectoria como experimentador del teatro, ensayista y estudioso de la poesía, especialmente de la escrita en inglés- no es sólo la profunda y diría que inimaginable revitalización de la lengua inglesa que aporta desde afuera, desde su condición periférica, sino su profunda y reiterada conciencia y autoconciencia racial,



«Cabe decir, frente a testigos como Derek Walcott y Muhammad Yunus, que ese otro al que me refiero con excesiva frecuencia ha estado aquí, no lejos, sino entre nosotros. Y que en el seno mismo de nuestra cultura, en la manera cómo la realidad cotidiana transcurre con sus días y sus noches, quizá hasta sin percatarnos de ello, demasiadas vidas y experiencias se nos han vuelto ajenas, ausentes, casi invisibles o simplemente inexistentes».

cultural y política. Porque se define a sí mismo como un «antillano», como un ciudadano de lo híbrido, quien no teme reconocer su condición de hombre mestizo, Walcott ha proyectado una escritura, creo yo, cuya resonancia ha alcanzado a muchas personas, incluso en nuestra lengua

Un eco semejante, pero hecho de otra materia, nos hizo pensar en la admirable figura de Muhammad Yunus. También él nos devuelve a esa estimulante paradoja que es el pensamiento de qué está cerca y qué, lejos. Basta una somera revisión a los datos más visibles del trayecto biográfico de Muhammad Yunus, y al impacto que ha tenido utilizar el microcrédito como herramienta para superar la pobreza a través del Grameen Bank, para preguntarnos de inmediato cuán alejada está Bangladesh de nuestra complejidad social y económica, cuando un sistema que fue concebido y diseñado para atender a una específica realidad ha servido de inspiración no sólo a Banesco en Venezuela, sino también a muchas otras organizaciones especializadas en finanzas, tanto en América Latina como en otras zonas del planeta.

Es sorprendente leer algunos de los discursos y artículos que Yunus ha publicado para narrar todo lo que fue necesario diligenciar para así encontrar una solución financiera a una interrogante profundamente humana, esa que nos dice que todos merecemos por lo menos una oportunidad en la vida; lee uno con perplejidad y admiración la poesía de Derek Walcott, y se percata de cuanto hay en ella de autoafirmación y de avance sobre el mundo a un mismo tiempo; piensa uno, mejor dicho, pienso yo en este país al que amo con mi entrañas porque soy de aquí y no puedo ser sino de aquí para siempre, y levanto mi cabeza todos los días para fijar mi atención en tantas cosas que están a nuestro alrededor, tanta lucha, tantas pequeñas maravillas, coraje, fecundidad, empeño, transigencia y también intransigencia que se disfraza bajo distintos ropajes, y me digo que las instituciones oficiales o privadas, los funcionarios del Estado y los de las empresas, los que escriben y los que toman decisiones, todos, sin excepción, tenemos un déficit o un superávit con el verbo escuchar y con las formas y las consecuencias que ello exige.

¿Es una lejana presencia entre nosotros o está próximo el bengalí Muhammad Yunus, Premio Nobel de la Paz 2006, hoy por hoy la voz más influyente en el

destino próximo de los sistemas financieros del mundo? La extraordinaria visión que alcanzó a partir de su fecunda compenetración con cuanto le rodeaba, ¿nos habla y nos estimula a considerar su validez en la realidad venezolana?

¿Viene de la proximidad o de alguna particular lejanía el antillano Derek Walcott, Premio Nobel de Literatura 1992, de quien los expertos han señalado que su obra constituye la más alta renovación de la poesía en lengua inglesa que se haya producido en más de un siglo?

Señor Derek Walcott, señor Muhammad Yunus, reciban ustedes nuestra gratitud por haber aceptado esta invitación y haber llegado hasta esta, su casa, nuestra casa. Lo mismo digo a todas las personas que esta noche nos acompañan en Ciudad Banesco: honrados nos sentimos de tenerles aquí. Como ustedes saben, desde el día en que se inauguró Ciudad Banesco, esta es también vuestra casa.

Frente a tan magníficos testigos, nos hemos permitido abrir las puertas de este lugar para recordarnos a nosotros mismos, y para compartir con tanta gente que apreciamos y admiramos, el incalculable, fructífero y esperanzador atributo que tiene escuchar a los otros. De escuchar e intercambiar; de observar y admirar; de disponerse al otro es que proviene el sentido hondo y duradero de la convivencia.

Ha llegado el momento de escuchar a nuestros invitados. Queremos recibir de ellos la experiencia, el sentimiento y la sabiduría con que estamos convencidos nos obsequiaran. Queremos ofrecerles lo mejor de nuestra hospitalidad. Abrir nuestros espíritus a lo que tienen que decirnos. Rindamos, pues, una ofrenda a la opción de vivir siempre en paz. Démosles la más cálida bienvenida.

The background of the cover is a photograph of a tropical beach. The upper two-thirds of the image is dominated by a vast, clear blue ocean with gentle ripples. In the foreground, the lower third of the image shows the dark green, spiky fronds of palm trees, some of which are slightly out of focus, creating a sense of depth. The overall atmosphere is serene and evocative of a tropical paradise.

La visita del poeta Derek Walcott

MICHAELLE ASCENCIO



Hablo de una alta condición. Hay en el Caribe una alta condición de la poesía que respira en su historia y en su geografía, y se expresa en las diversas lenguas que conviven en la región. El Caribe, que toma su nombre de los indios caribes lleva, en palabras de Walcott, la marca del exterminio en una tierra donde todos somos extraños. Los indígenas, caribes y arawakos, por citar los grupos más numerosos, no sobrevivieron a la colonización y son hoy, en las islas, fantasmas tutelares que aparecen furtivamente en los mitos, en los cuentos y en la poesía. Europeos y africanos y más tarde asiáticos (hindúes, libaneses y chinos) poblaron el archipiélago, pero tal vez sea la colonización europea, bajo la forma del sistema esclavista, del siglo XVIII y hasta entrado el XIX, la que configura especialmente a las islas, pues ninguna de ellas escapó a que una plantación fuera violentamente arrancada de su suelo. El trabajo de los esclavos africanos iguala a estas islas en las que una mayoría de población negra y mulata habla una lengua criolla. La herencia colonial, expresada primordialmente en el racismo y la exclusión, en la desesperanzada presencia de la pobreza y la resignación, y en la continua amenaza de la ocupación americana, han llenado a la región de zozobra y de conflictos. Antillas Francesas, Antillas Inglesas, Antillas Holandesas se nombran atendiendo hoy más a las lenguas oficiales que se hablan en sus territorios que a la dominación cuyas cenizas todavía se esparcen por el aire.

Los *créoles*, criollos, lenguas nacidas durante la esclavitud para que los esclavos (provenientes de diversas regiones de África y portadores de lenguas y culturas diferentes) entendieran las órdenes de amos y colonizadores (que también provenían de distintas regiones de Francia, Inglaterra y Holanda y

hablaban, por lo mismo, lenguas también diferentes), se convirtieron con el tiempo en la lengua de todos los que nacían y vivían en las islas. Diversidad de lenguas, diversidad de culturas, diversidad de creencias y estilos de vida, los recién venidos, los venidos de afuera, los extraños, se sentirán, a pesar de las numerosas generaciones transcurridas, desarraigados. Y tal vez sea la lengua propia, el *créole*, considerada ahora como lengua vernácula, la encargada de proveer esa sensación de pertenencia y de estar en casa, que tanto se necesita para permanecer en un lugar. Porque las lenguas criollas de las islas son fundamentalmente lenguas-imágenes que se adhieren a los paisajes y a las costumbres; su plasticidad es el diamante, la herramienta esencial con la que trabajan los poetas y escritores.

Varias lenguas, entonces, el créole y el francés, el créole y el inglés, el papiamentó y el holandés, que contienen visiones diferentes del mundo, cohabitan en las islas del Caribe. Si los créoles son hablados por todos los habitantes, no ocurre así con las lenguas europeas, oficiales, restringidas a una minoría de la población que ha sobrepasado el analfabetismo, y aunque el francés de las islas no es el francés de Francia, ni el inglés el de Inglaterra, sino una versión antillanizada por el mar y por la historia, la línea divisoria, exclusiva y excluyente, trazada entre los criollos y las lenguas oficiales, ocasiona una desgarradura entre el ser y el parecer y conduce a la esquizofrenia cultural. Cuánto tiempo no pasaron los poetas y escritores de las islas torturándose ante el dilema de la escogencia:

*Este corazón obsesionado que no se corresponde
Con mi lengua y mis costumbres
Y en el que muerden como garfios
Sentimientos prestados y costumbres
De Europa, ¿sienten ustedes este sufrimiento
y esta desesperación sin igual
por domesticar con palabras de Francia
este corazón que me vino del Senegal?*

dice el poeta haitiano León Laleau, nacido en 1892, y más tarde dirá Walcott:

*Yo que estoy envenenado por la sangre de los dos
¿Hacia dónde me dirigiré dividido
Hasta la vena?
Yo que he maldecido
Al oficial ebrio del poder británico,
¿cómo escoger entre esta África
Y la lengua inglesa que amo?
¿Las traicionaré a las dos o
Les devolveré lo que me han dado?
¿Cómo puedo afrontar esta carnicería fríamente?
¿Cómo puedo darle la espalda a África y morir?*

Transcurrida la fase de la adolescencia con sus dilemas acerca de la definición y la elección, los poetas, sobre todo, se percataron del tesoro que recibieron de las antiguas generaciones. Dos o más lenguas en herencia para crear una tercera, la lengua poética, con la que dirían sus versos. Y fue en los años 30-40, cuando el Movimiento de la Negritud puso de pie a los negros antillanos, que empezó a oírse esa lengua poética que otorgaría al Caribe una alta condición. Hablo de una alta condición de la poesía que se expresa en la lengua de Saint-John Perse, nacido en la isla de Guadalupe; de Aimé Césaire, nacido en la isla de Martinica, y especialmente de Derek Walcott, nacido en la isla de Santa Lucía, cuya expresión recoge todas las herencias del Caribe para remozarlas en una nueva lengua, la lengua inglesa *créolmente* poetizada y hecha suya. Pero si a Perse le tocó elogiar, en un francés exuberante, la naturaleza de las islas y celebrar la infancia protegida por mujeres que eran como diosas; si a Césaire, le tocó, en el francés más insólito que se haya escrito, imaginar un barco negrero entrando a las islas con toda la negrería de pie, Walcott, el renovador de la lengua inglesa, el más grande poeta en lengua inglesa como lo califican los poetas contemporáneos, escritor de una Odisea del Mediterráneo antillano dirá, con una comprensión resplandeciente, cómo el mar cuenta la historia del Caribe y de un antillano *desarraigado en su propia tierra, varado en sus playas*.

Derek Walcott se ha ejercitado en el arte de mirar las islas con ojos propios, con los de un hombre que conoce su historia y ya no se siente obligado a elegir, atrapado en las dualidades del pensamiento que convocan la nostalgia y

la utopía. La palabra de Walcott está aquí y ahora, comprometida honestamente con el presente; conciliadora, reescribe el encuentro de gentes y culturas, mediante la creación de un lenguaje que ha soltado los hilos que lo ataban *a los días malos, a los tiempos malos* de una plantación que fue originalmente de limeños. No hay nada que celebrar, nos dice: una vez que se demostró que el Nuevo Mundo negro vale tanto como su amo, hay que insistir ahora en sus diferencias:

*como el murmullo de la caracola,
la exhalación de la madera refresca
la memoria con su aroma:
bois-canot, bois campeche,*

*siseando: lo que quieres
de nosotros nunca podrá ser
tus palabras son inglés,
es un árbol diferente.*

Sobre todo en cuanto a su teatro se refiere, Walcott quería *donar* un lenguaje, forjar un lenguaje para que los antillanos hablaran con voz propia y no repitieran como loros la lengua de los amos, crear un lenguaje que los liberaría de la servidumbre y superara la mímica, (...) *con la angustia de que cada sustantivo recibirá una denominación nueva y resonante, puesto que una nueva inflexión melódica significaba un nuevo modo, no había mejor comienzo*. El capítulo «La Voz del crepúsculo», del libro del mismo nombre, contiene la concepción del Walcott sobre ese lenguaje nuevo que todos los poetas esperaban. Porque hace ya un buen tiempo que los novelistas y poetas antillanos, pero sobre todo Walcott, saben que las lenguas oficiales de las islas, el francés y el inglés y los criollos son otros tantos disfraces de la Historia, así como el deseo de ser blancos o el anhelo de ser negros siguen siendo «oficios»:

Cierto tipo de escritor, por lo general el que se propone entretener, afirma: «Escribiré en la lengua del pueblo, por más vulgar o incomprendible que sea». Otro sostiene: «Esto no lo entenderá nadie, ¿me oyes? de modo que déjame escribir en inglés». Y un tercero se dedica

a purificar el lenguaje de la tribu y es a éste a quien se acusa desde ambos lados de pretencioso o de jugar a ser blanco. Éste es el mulato del estilo. El traidor. El integrador. Sí. Pero nadie preguntó a su Musa: «¿Qué clase de lenguaje me estás ofreciendo?»

[*La voz del crepúsculo*, p.20]

El poeta rehace el recorrido de cada una de las lenguas del Caribe para captar, como diría Bakhtine, la extrañeza de una lengua respecto de la otra. Y su condición bilingüe lo coloca en la posición de mirar a cada lengua con los ojos de las otras y captar esa extrañeza, para llegar a la serena convicción de que todas ellas son máscaras y ninguno de sus aspectos es verdadero ni indiscutible, ni es garantía de autenticidad, ni de fidelidad, ni tampoco de universalidad. El trabajo del poeta para «sentir la isla» consiste en reflejarla con los múltiples espejos de las lenguas y crear, a su vez, otra lengua, la lengua poética, para contarnos una historia en la que los encuentros y desencuentros de todas esas lenguas son también parte de la historia, tal como puede verse en un fragmento de su poema «La luz del mundo»:

*Una anciana con un sombrero de paja sobre su pañuelo
se nos acercó cojeando con una cesta; en algún lugar,
a cierta distancia, había otra cesta más pesada
que no podía acarrear. Estaba aterrada.
Le dijo al conductor: «Pas quittez moi à terre»,
que significa, en su patois: «No me deje aquí tirada»,
que es, en su historia y en la de su pueblo:
«No me deje en la tierra» o, con un cambio de acento:
»No me deje la tierra (como herencia);
»Pas quittez moi à terre, transporte celestial,
No me dejes en tierra, ya he tenido bastante».
El autobús se llenó en la oscuridad de pesadas sombras
que no deseaban quedarse en la tierra; no, que serían
abandonadas en la tierra y tendrían que buscarse la vida.
El abandono era algo a lo que se habían acostumbrado.*

Dereck Walcott
junto a Juan Carlos
Escotet, presidente
de Banesco



A partir de la frase créole *pas quittez moi à terre* (no me deje aquí tirada), el poeta nos ofrece distintos significados de la frase original que apuntan todos al abandono, ese sentimiento que comparten, muchas veces sin saberlo, la gente de las islas y que tiene su raíz primigenia en la insularidad. En este poema, la lengua poética se ha apoderado de una expresión créole de las islas y la ha puesto a girar, y como un caleidoscopio nos entrega diferentes expresiones que contienen sentimientos, pensamientos, sensaciones, que dan cuenta de una visión del mundo en la que la relación de la tierra, el abandono y el miedo están involucrados. Es éste un buen ejemplo del trabajo de traducción que caracteriza al quehacer poético de estas islas antillanas, y cuya máxima expresión en la narrativa se encuentra en la escritura de la novela *Gobernadores del rocío* (1944) del escritor Jacques Roumain, nacido en Haití. Así, la poesía, la novelística tienen un doble, triple, múltiples registros en los que coexisten los diferentes estilos de pensar y de sentir de la cultura antillana caracterizada por la diversidad, la máscara, el doble, que proveen una manera de estar en el mundo, una cosmovisión, que reconocemos en los gestos, la religiosidad, la culinaria, la música y las relaciones entre la gente. De ello se deduce que la poesía y, en general, la literatura del Caribe no son abstractas ni fomentan la evasión de la realidad. Son escritura anclada en el diario vivir, escritura que respira, como dijimos, con el paisaje y con la historia para revelarlos, comprenderlos e interrogarlos.

Se entiende, entonces, que la concesión del Premio Nobel a un poeta como Walcott haya sido una fiesta en el Caribe y un reconocimiento, a través de él, a los poetas y escritores que se han nutrido de las fuentes caribeñas para escribir sus obras. Y de esta fiesta no escapan, como es de esperarse, nuestros más caros poetas venezolanos, Rafael Cadenas, Eugenio Montejo, Yolanda Pantin, Igor Barreto y tantos otros, que nos hablan de esa luz, de nuestros gestos cotidianos, del paisaje y de una historia que sólo queda, como casi toda de la historia caribeña, en los poemas, en la poesía. Gran parte de nuestra memoria está en esa poesía que nos interroga y nos revela y guarda el hilo de sentimientos, de sensaciones, imágenes y frases que la historia, a veces, no puede o no encuentra cómo descifrar.

Por lo que hemos venido diciendo, se entiende que para Derek Walcott, como para muchos de nuestros poetas, escribir es una vocación, una vocación religiosa, dice el propio Walcott, que atiende a la compasión como sentimiento reparador de las heridas infringidas por la Historia. Este sentimiento, tan presente en su poesía, aparta también al alma de la voracidad del resentimiento para ofrecerle al lector un presente conciliador que puede admitir la coexistencia de los contrarios y de la disparidad. Con-pasión, es decir, con alma, con hondura, como aparece en el poema «Estrella» que leemos a continuación, pues de otro modo, la unión de los contrarios resultaría en una farsa aún más dolorosa:

*Si, real, empalideces a la luz de las cosas,
incluso pálidamente apartada de nosotros,
con apropiada e inamovible distancia,
tú puedes, igual que la luna
abandonó a la noche entre las hojas,
complacer invisiblemente esta casa;
oh, estrella, dos veces compasiva, que llegaste
demasiado pronto para el ocaso, demasiado tarde
para el alba, que tu pálida llama
guíe con la pasión
del pleno día
lo peor que hay en nosotros
a través del caos*

(Del poemario *El Golfo*, 1970)

La poesía de Walcott no aparta los ojos de aquello ha sido causa de dolor en la Historia del Caribe: prejuicios sociales, racismo; ostentación, venganza, guerra, indiferencia y crueldad, sino que puede convivir con lo más oscuro, el caos, para darle también un lugar, cercándolo con la palabra. En el poema «Estrella», el poeta no pide que la estrella guíe lo mejor que hay nosotros, eso sería demasiado fácil e incluso obvio. De nada valdría guiar lo mejor, si los demonios de la Historia y los de nosotros mismos andan sueltos. Pedir que lo peor sea guiado es evocar la imagen de Atenea, la diosa griega de la sabiduría y del orden, que somete a las Furias, a los demonios y a la desmesura, y las ata a las puertas de la ciudad para que los hombres puedan vivir y convivir en paz. Así, también en su famoso poema «Elogio a W.H.Auden» Walcott expresa su deseo:

*That the City may be Just and the humankind be kind.
(Que la ciudad sea justa y la humanidad bondadosa).*

Walcott es un poeta que reconcilia la historia del Caribe con los hombres y mujeres que la produjeron y la padecieron. Y esta reconciliación no es simple búsqueda de armonía o anhelo vago de comodidad. Walcott, que nació en Castries, capital de la pequeña isla de Santa Lucía, el 23 de enero de 1930, ha crecido en las diferencias que exacerban los prejuicios, el racismo y la exclusión; ha mirado más allá de ese horizonte para subrayar el valor de lo múltiple y diverso. Un pedazo de tierra tan pequeño, como la mayoría de las Antillas Menores, puede albergar la historia de todo un continente, si alguien inventa una lengua para hacerlo, y para Walcott es un privilegio y una oportunidad haber nacido en una región que nosotros mismos, apropiándonos de una visión ajena, calificamos de bárbara, apartada y subdesarrollada.

Santa Lucía, la isla de Walcott, es una pequeña isla situada entre Martinica y San Vincent, fue ocupada primero por los ingleses (en 1605), después por los franceses (en 1650). Británicos y holandeses intentaron adentrarse en su interior, y se encontraron con la oposición de los fieros indios caribes, que no estaban dispuestos a dejarse quitar la tierra ni abandonar el lugar que llamaban en su lengua «Hewanorra», «la Tierra de las iguanas». Catorce veces cambió la isla de dueño, durante la guerra entre Gran Bretaña y Francia y fue cedida finalmente a



Dereck Walcott
y su esposa
Nigrid Nama

Inglaterra en el año de 1814. Hoy, Santa Lucía es un estado independiente dentro de la Commonwealth.

Aunque el inglés es el idioma oficial y hay un créole-inglés, la influencia francesa está presente en el créole de origen francés, semejante al que se habla en Martinica y en Haití, y en una mayoría de población católica frente a los protestantes anglicanos que constituyen una minoría.

Pero en todas las islas, en todo lo que llaman el archipiélago antillano, Antillas Mayores y Menores, sean ellas de domino francés, británico, holandés o español, la implantación del sistema de producción esclavista, como ya señalábamos, es lo que las define. Dos extranjeros llegaron a las islas, uno blanco, europeo, británico, holandés, portugués o español, que levantó a sangre y fuego una plantación aniquilando a los indios, destruyendo selvas y bosques; el otro extranjero era el negro esclavizado, proveniente de África. La caña de azúcar, traída por Colón en su tercer viaje, iba a cambiar el paisaje y la vida de las islas para siempre. Más azúcar, más azúcar, pedía la Europa imperial para endulzar tisanas, refrescos y cafés, y más esclavos, más esclavos se tragaba el cañaveral. Los antiguos colonizadores británicos y franceses se transformaron, entonces, en amos, maître, master, señores de la plantación...

Los africanos provenientes de distintas regiones, del Congo principalmente, trabajaron como esclavos en las plantaciones de caña de azúcar, cacao, añil, limas (en Santa Lucía). Por eso, la mayoría de los habitantes de las Antillas Mayores y Menores son negros y mulatos. Estos hombres y mujeres, europeos y africanos, venidos de tierras lejanas, que hablaban lenguas diferentes y con costumbres, creencias y modos de ser diferentes, debían convivir en la plantación... Una lengua, el créole (patois, papiamento...), que empezó por ser una simple y reducida lengua comercial en las costas africanas, para facilitar el tráfico negro, se convirtió en América en lengua de amos y esclavos y, más tarde, en la lengua de todos los que nacen y los que viven en las islas.

*En este lugar las velas y las costumbres son distintas.
Los muertos son distintos. Sus tumbas guardan conchas distintas.
Hay diferencias más allá del paraíso de nuestro horizonte.
Esto no es el Egeo púrpura como la uva.
Aquí no hay vino, no hay queso, las almendras son verdes,
Las uvas de playa amargas, el lenguaje es el de los esclavos.*

(«Gros-Ilet» del poemario *El Testamento de Arkansas*, 1987)

Mucho tiempo después, a principios del siglo XX, en las Antillas británicas sobre todo, trabajadores de la India, pero también chinos y libaneses vinieron a airear, a interrogar las oposiciones blanco/negro, amo/esclavo que la Historia construyó durante todo el siglo XVIII y parte del XIX... Herencia conflictiva y diversa que deja huellas de servidumbre y de opresión, herencia que Walcott, antillano de Santa Lucía, asumirá y reconstruirá pedazo a pedazo en su poesía, juntando los fragmentos rotos de esa historia, pero también incorporando a todos aquellos que por racismo o exclusión habían quedado fuera de ella, de la Historia:

Si se quiebra un jarrón, el amor con que se reúnen sus fragmentos es más fuerte que el amor que daba por sentada su simetría cuando estaba entero. El pegamento con que se fijan los pedazos es lo que sella su forma original. Ese amor es lo que reúne nuestros fragmentos africanos y asiáticos, las reliquias familiares cuarteadas

cuya restauración deja ver sus blancas cicatrices. Esta reunión de pedazos rotos es el afán y el dolor de las Antillas, y si los pedazos son dispares y no encajan, contienen más dolor que su escultura original, esos íconos y vasos sagrados que en sus lugares ancestrales se daban por sentado. El arte antillano consiste en esta restauración de nuestras historias hechas pedazos, nuestros fragmentos de vocabulario y nuestro archipiélago se hace sinónimo de las piezas desgajadas del continente original.

*(Las Antillas: fragmentos de una conmemoración épica.
Discurso en ocasión del Premio Nobel, 1992)*

Se trata de la reconstrucción de una memoria que abraza a las generaciones pasadas y acepta la herencia que compartimos todos. La claridad del pensamiento de Walcott asombra cuando separa el *jugo amargo* de los viejos tiempos, los tiempos de la *lepra del imperio*, como dice para referirse a la dominación colonial; cuando separa ese jugo amargo de la amargura y el resentimiento, que se convierten en un pensamiento moroso, fatalista, empantanado, que se estrecha cada vez más y convoca a la venganza. Walcott vuelve a reordenar la historia para colocar cada cosa en su lugar y liberar al presente del lastre y de las imágenes estereotipadas del pasado, para que de ese presente liberado nazca un hombre libre y soñador. Aunque no hay idealismo ni utopía en sus poemas, la poesía de Walcott está comprometida con lo mejor del ser humano (cuando se guía a lo peor, como leímos en el poema «Estrella») que, me atrevo a decir, surge de una comprensión sin resignación. Hay como una especie de resplandor que impregna el paisaje de sus versos uniendo tradiciones provenientes de diferentes partes del planeta: La Grecia antigua, el Sur de los Estados Unidos, los orfebres de Benarés, los culíes de Trinidad.

Maravillado y aterrado ante la empresa de africanos y europeos al hacerse con una América que no era su tierra, obligados por la Historia a cumplir roles que tal vez nunca tuvieron ni soñaron en sus lugares de origen, Walcott los celebra, los acerca, los comprende, los perdona, porque la dicha que siente de haber nacido en este continente prodigioso, donde todo está por comenzar, es un milagro para él:

... Acepto este archipiélago de las Américas. Digo al ancestro que me vendió y al ancestro que me compró: no tengo padre, no quiero un padre así, aunque pueda comprenderos, fantasma negro, fantasma blanco, cuando alguno de vosotros murmura: «Historia»... A vosotros, abuelos, a quienes he perdonado interiormente, os dirijo, como el más honesto de los de mi raza, un extraño agradecimiento. Os dirijo un extraño, amargo y sin embargo exultante agradecimiento por esta inmensa fricción y juntura de dos grandes mundos, parecidos a las mitades de un fruto unido por su propio jugo amargo. Os agradezco por haberme colocado, exilado de vuestros propios Paraísos, en la maravilla y el prodigio de otro.

Y, precisamente, por haber aceptado esa herencia cultural y sentirse privilegiado, en un mundo nuevo, donde todo puede comenzar, asume también en su dimensión personal e íntima el encuentro de esos mundos dentro de él. Walcott perdió a su padre cuando tenía un año. Su madre, que era maestra, crió a los tres hijos: él, Derek, su hermano gemelo Roderick y su hermana mayor Pamela. Una familia educada en la tradición inglesa metodista, Walcott pertenece, entonces, a esa minoría de los habitantes de Santa Lucía que no son católicos. Recibió una esmerada educación en inglés. Cuando habla de su infancia, dice que en Castries, la capital de Santa Lucía, había una buena biblioteca de autores ingleses y que tuvo maestros que le hicieron accesible la literatura universal. Hay que decir que la esmerada educación y la dedicación a los estudios no son comunes en las islas.

De su padre Warwick Walcott, hijo de un inglés, le viene el gusto por la pintura, pues era pintor, y su abuelo inglés es uno de los fantasmas que aparecen en sus poemas sobre la isla y sobre la plantación, en las verandas o en los corredores de las antiguas casas coloniales. Su madre era una descendiente de esclavos con algunos holandeses en su genealogía. De ella le viene su afición por el teatro. Transformado por su palabra poética en Chabin, el marinero que se embarcó un día en la goleta *El Vuelo* para recorrer las islas, nos dice:



*Yo conozco estas islas de Monos a Nassau
marino con el cráneo oxidado y los ojos verde-mar
me llaman Chabin, el sobrenombre en patois
de todos los negros pelirrojos, y yo, Chabin, he visto
las barriadas del imperio cuando eran un paraíso.
Yo sólo soy un negro enamorado del mar
recibí una sólida educación colonial
tengo de holandés, de negro y de inglés
entonces no soy nadie o soy una nación.*

(«La Goleta El Vuelo» del poemario *El Reino del caimito*, 1979)

Sigrid Nama,
Juan Carlos Escotet
y Derek Walcott



Soy una nación. Walcott aglutina, acumula, se siente heredero de todas las gentes y las culturas que poblaron el Caribe, y no desdeña ni distingue ninguna, todas le pertenecen.

A diferencia de otros escritores y poetas caribeños, Walcott no tenía ninguna prisa por hacer el viaje a Europa. Estudió en Saint Mary's College en Castries y al terminar el bachillerato obtuvo una beca para irse a la University College of West Indies en Jamaica, donde se licenció en artes. Fue profesor de secundaria en Grenada y en Jamaica, y algunos de sus poemas reflejan su experiencia como maestro de escuela, la pasividad de los niños ante un mundo que no les pertenecía:

*Vestido con una chaqueta de tweed y corbata,
maestro en mi escuela,
vi como las viejas palabras se secaban
como algas en la página.*

*Meditaba desde el acogedor puerto
de mi mesa, las cabezas
de los muchachos se hundían suavemente
en el papel como delfines.*

*La disciplina que predicaba
me convertía en un hipócrita;
sus esbeltos cuerpos negros, varados en la playa,
morirían en el dialecto*

*Hacia girar el meridiano del globo,
mostraba sus sellados hemisferios,
pero, ¿adónde podrían dirigirse aquellos entrecejos
si ninguno de los dos mundos era suyo?*

(«Silabario escolar» del poemario *El Testamento de Arkansas*, 1987)

En 1958 recibe una beca de Rockefeller Foundation para estudiar teatro en Nueva York y en Arizona y al año, en 1959, funda el Trinidad Theater Workshop, en Trinidad, verdadero taller donde se fragua la nueva lengua que él, como poeta, quiere donar a los antillanos. Las reflexiones de Walcott sobre el teatro sorprenden por lo reveladoras que son de la gente caribeña. Walcott quiere que dejemos de imitar como simios la lengua de los amos, que no copiemos más su estilo y que busquemos dentro de nosotros mismos, conjugando esa herencia múltiple y dispar, nuestra propia voz y nuestro propio gesto.

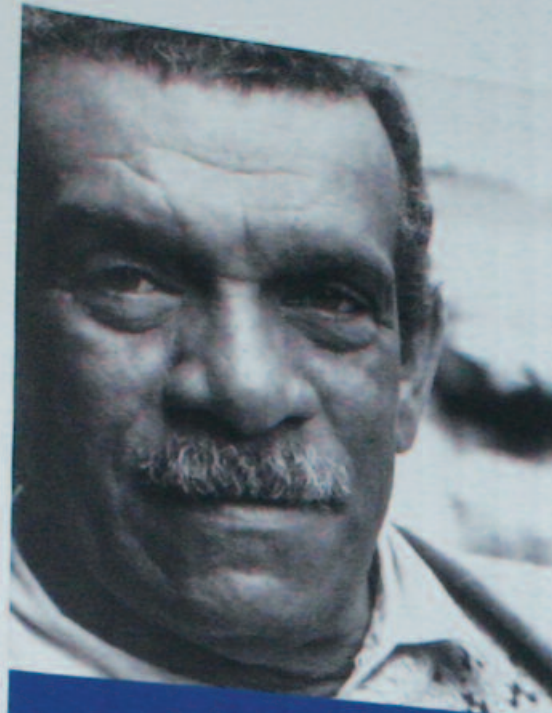
Walcott viaja, asiste a congresos, recibe invitaciones de las universidades, de la Universidad de Columbia, de Boston University y de Harvard University. Pero Walcott no deja su tierra: *él se mueve con su isla*, como leemos en uno de sus poemas, que retrata a Castries, su ciudad natal. Hace tiempo que vive entre Nueva York y Trinidad o Castries. De todos modos, dice, aunque los escritores antillanos vivan en Londres o en el Caribe, hay un aislamiento, porque se sienten cortados de la tradición y formando parte de ella, al mismo tiempo.

Pero aunque la mayoría de su obra está anclada en el Caribe, también nos ha transmitido impresiones de sus viajes y sus estadias en lo que no es el Caribe. Su poemario *El Testamento de Arkansas* tiene dos partes: *Aquí*, en su isla, en las islas, y *En otra parte*, en las ciudades de Europa y de Estados Unidos, ciudades en las que puede sentirse fuera de lugar y acongojado:

*Hay un mundo al otro lado de la puerta,
[pero qué inquietante resulta
Encontrarse junto al propio equipaje en un escalón frío
[cuando el alba
Tiñe de rosa los ladrillos, y antes de tener ocasión de lamentarlo,
Llega el taxi haciendo sonar una vez la bocina,
Deslizándose hasta la acera como un coche fúnebre —y subimos.*

(«Mañana, mañana» del poemario *El Testamento de Arkansas*, 1987)

... la Historia
se alza sobre ruinas,
no sobre los paisajes,
y en las Antillas
hay pocas ruinas
que despierten
ñoranzas, salvo las
de las plantaciones
zucareras y los fuertes
abandonados”.



DEREK
WALCOTT

PREMIO NOBEL
DE LITERATURA

1992

Encuentro con los intelectuales



La síntesis que hemos hecho, en las páginas anteriores, de la obra de Derek Walcott, Premio Nobel de Literatura 1992, ofrece una visión general del poeta invitado por Banesco para participar en el programa *Palabras para Venezuela*. Con esta invitación, Banesco reitera su disposición a ofrecer al país la palabra de los hombres y mujeres que elevan la condición humana y permiten una más profunda comprensión del mundo en que vivimos. Que una sociedad bancaria le abra sus puertas a la poesía significa que concede a la literatura una importancia especial que reafirma la idea de que la cultura constituye una totalidad que debe ser aprehendida en su conjunto. Nada mejor, en esta época de definiciones y controversias en nuestro país, que invitar a un poeta de la talla de Derek Walcott que ha dedicado su obra y, podríamos decir, su vida a pensar en el Nuevo Mundo, especialmente en el Caribe, del cual Venezuela forma parte geográfica, cultural e históricamente.



Luis Xavier Luján,
Derek Walcott,
Sigrid Nama y
Juan Carlos Escotet



La visita de Derek Walcott fue preparada por el equipo de Banesco dispuesto para tal fin. Grandes afiches de Walcott y de Yunus anunciaban en la ciudad la venida de los nobeles. El «Papel Literario» de *El Nacional* publicó el sábado 28 de abril una selección de poemas del *Testamento de Arkansas*, uno de los libros fundamentales del poeta. Y el sábado siguiente, 5 de mayo, el mismo «Papel Literario» le dedicó un número especial en el que escribieron los poetas Yolanda Pantin e Igor Barreto, y Michaelle Ascencio y Lulú Jiménez, especialistas de la literatura del Caribe. Durante su visita, el periódico *El Universal* hizo un recuento de su vida y de su obra, y el día sábado 12 de mayo, el diario *El Nacional* publicó una entrevista memorable que la periodista Milagros Socorro le hizo al poeta en el Hotel Meliá, lugar donde Walcott se alojó durante su estadía en Caracas. Las atinadas preguntas de la periodista convidaron a Walcott a desplegar sus ideas sobre la poesía, la cultura, la política y también a hablar de su vida como creador y hombre de letras, permitiéndonos ahondar en su pensamiento sobre diversos aspectos de la cultura de nuestro mundo hoy día.

En las sucesivas reuniones y encuentros tuvimos la oportunidad de conocer a un hombre gallardo, como muchos de los hombres de las islas, alto, elegante, que tiene cuando camina un ligero dejo melancólico que caracteriza a la



gente del Caribe. Es un hombre de hondas reflexiones, de respuesta pronta y a veces larga y generosamente explayada. Poco atento a lo que sucede a su alrededor, de repente se evade momentáneamente y se va para otro sitio, el rostro se le distiende y su mirada se aleja del mundo que lo rodea. Entonces, su pecho se levanta como si respirara hondo y regresa al lugar, y retoma la conversación que ha dejado brevemente. Apenas lo conocemos, notamos su gusto por los chistes y esa facilidad que tiene para darle diferentes sentidos a las preguntas o a los comentarios que suscita a su alrededor... como si las cosas en ese instante se pusieran al revés o hubiera un cambio de luces en la escena. Cuando esto sucede, me imagino que nos ve a todos como actores y juega un poco con los personajes, que somos nosotros, de una obra que está inventando en esos momentos. De repente, puede responder con un cierto sarcasmo o ironía que pone una nota de humor o de extrañeza en el ambiente. Los antillanos, sobre todo los de las islas inglesas, pueden tener un lado difícil, como si no pudieran adaptarse a situaciones nuevas, lo

«Apenas lo conocemos, notamos su gusto por los chistes y esa facilidad que tiene para darle diferentes sentidos a las preguntas o a los comentarios que suscita a su alrededor... como si las cosas en ese instante se pusieran al revés o hubiera un cambio de luces en la escena».



que los lleva, a ratos, a parecer huraños y desconfiados... Derek Walcott en su estadía de tres días en Caracas no mostró ese lado difícil, pero yo, que conozco bien a la gente de las islas, lo pude percibir por encima de esa cortesía y elegancia con las que se desenvolvía, cortesía, *politesse*, como si hubiera un miedo a herir y a exponerse, a franquear esa distancia privada que mantiene a los individuos separados, a rozar esa herida que junta en el Caribe a varios mundos y civilizaciones. Un poeta que se mueve con su isla y con su estilo. Los antillanos son gente discreta pero que dan en el blanco (en el doble sentido de la palabra) cuando quieren.

En la conversación que sostuvo con los escritores en la casa de la familia de Xavier Luján, Vicepresidente de

Banesco, que tan cálidamente acogió a los poetas Rafael Cadenas, Eugenio Montejo, Igor Barreto; a los novelistas Ana Teresa Torres, Victoria Di Stéfano, Alberto Barrera Tyzca; a los periodistas Ibsen Martínez y Milagros Socorro, y a Lulú Giménez, Gerardo Vivas y Michaelle Ascencio, especialistas de la literatura y cultura del Caribe, el día sábado 12 de mayo a las 11 de la mañana, pudimos conocer más de cerca al hombre y al poeta. Llegamos algo emocionados porque íbamos a conversar *face to face* con el gran poeta que todos habíamos leído y algunos soñábamos conocer un día. Walcott, acompañado de su bella y gentil esposa Sidgrid, nos saludó con cortesía durante las presentaciones, y después de un rato nos reunimos todos en un acogedor salón tropical que daba al jardín de la casa, para conversar más cómodamente alrededor de él. Nos acompañaban los traductores y la familia de Juan Carlos Escotet, Presidente de Banesco, que también llegó para compartir con nosotros. Fue la novelista Victoria Di Stefano la que rompió el silencio contándole a Walcott, y también



a nosotros, cómo lo había conocido y había leído sus primeros versos gracias a un poeta y librero de Puerto Cruz que tenía muchas relaciones con Trinidad. Luego Rafael Cadenas le habló de su estadía en la misma isla de Trinidad, durante los años 60, donde había leído sus primeros versos y había conocido gente de su entorno. A pesar de ser un poeta tan importante, renovador de la lengua inglesa y Premio Nobel, la poesía de Walcott fue traducida tardíamente al español y, en todo caso, en ocasión del premio. Sin embargo, nosotros en Venezuela fuimos de los primeros en traducirlo en una edición artesanal, auspiciada por el Museo Jacobo Borges y especialmente por Igor Barreto, jefe de Publicaciones, en el año de 1996. *El Mar es historia* es una selección de poemas de Walcott, traducidos por Lulú Giménez y Gabriel Araujo. ¡Cuál no sería la sorpresa de Lulú y de Igor cuando, al final de la conversación y levantándonos ya del salón para pasar a disfrutar de los platos del buffet servido en el jardín, le solicitaron que les autografiara uno de

El poeta venezolano
Rafael Cadenas junto a
Derek Walcott



los ejemplares y Walcott, a su vez, les pidió el ejemplar autografiado por ellos para llevárselo!

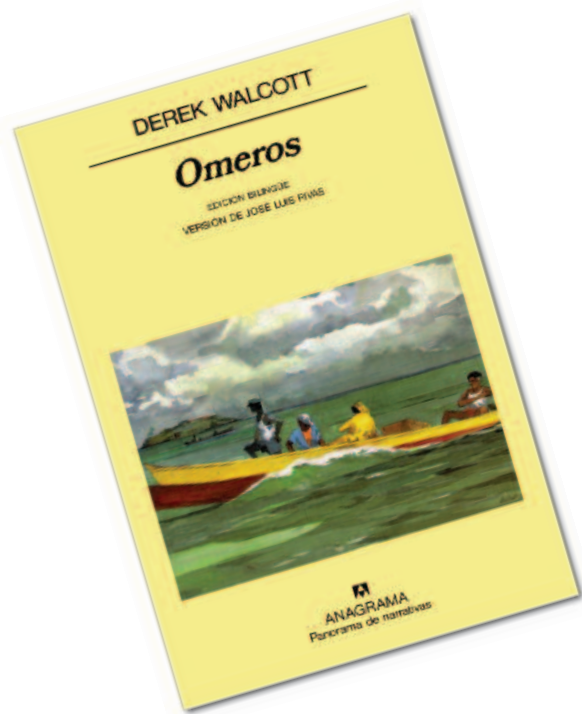
En el hermoso y acogedor jardín de la familia Luján, la conversación se fue animando, aunque el ambiente no era, a mi parecer, tan espontáneo como hubiera podido ser. Tal vez tenga razón la novelista Ana Teresa Torres, que también es psicóloga, cuando dijo después de intentar hablar con él mientras estábamos comiendo, sentados en grupitos en las distintas mesas que se dispusieron en el jardín, que Walcott es un hombre tímido que intimida. García Márquez, Pablo Neruda y César Vallejo son, como nos dijo él mismo, los autores latinoamericanos que más había leído en traducción al inglés. Como no lee el español ni lo habla, nos confesó su desconocimiento de la literatura venezolana, pero tampoco mostró, a pesar de que tenía a su alrededor lo más granado de nuestras letras, mucho interés en conocerla. Sin embargo, hay que anotar que intentó excusarse invocando su educación colonial: como él mismo lo dice en uno de sus versos, recibió “una sólida educación colonial”, y en esa educación, su herencia mestiza, de africano y de holandés, es la que le hace contraparte a esa educación que debía convertirlo en ciudadano inglés sin más. El “más” es la cosmovisión mestiza (o mulata) que él carga consigo a lo largo de sus 77 años vividos, en su mayoría, en su isla natal de Santa Lucía y en la que pesa, tal vez demasiado,



«Walcott nos confiesa cuánto le ha costado romper ese muro que le impide acercarse a las otras gentes del Caribe y especialmente a la lengua española: «un trauma para mí no poder salir de ese cerco», nos dice. Celebra las traducciones de los tres escritores latinoamericanos que han influido en su obra y nos aconseja promover la traducción de la literatura venezolana para que se conozca fuera de sus fronteras».



esa marca de la educación colonialista, inglesa, cuya visión, según sus propias palabras ese mediodía, postula que “la barbarie comienza donde termina Inglaterra”. Walcott nos confiesa cuánto le ha costado romper ese muro que le impide acercarse a las otras gentes del Caribe y especialmente a la lengua española: “Un trauma para mí no poder salir de ese cerco”, nos dice. Celebra las traducciones de los tres escritores latinoamericanos que han influido en su obra y nos aconseja promover la traducción de la literatura venezolana para que se conozca fuera de sus fronteras. Viviendo tantos años en el Caribe, frente a Latinoamérica, y pasando largas temporadas en la isla de Trinidad, tan cerca de nuestras costas, a todos nos extraña y nos sorprende que no conozca sino unas cuantas palabras en español. Los venezolanos, en términos de la comunicación, somos dadivosos, ése es uno de nuestros valores que acrecienta nuestra hospitalidad, y aunque la mayoría de los asistentes a la reunión en casa de los Luján podíamos expresarnos en inglés, todos pusimos de nuestra parte para entender al poeta y compartir verdaderamente con él. Una atinada respuesta la que le dio al escritor Ibsen Martínez cuando éste le preguntó sobre la obra de Vida S. Naipaul, escritor y novelista de Trinidad, Premio Nobel del año 2001, pues todos conocemos las discrepancias que existen entre ambos: Walcott reconoció las diferencias que tiene respecto a la cultura del Caribe en relación con el novelista



trinitario, sin que eso le impidiera decirnos también que apreciaba, sobremane-
ra, el ritmo de la prosa de Naipaul y su honestidad como escritor. Walcott res-
ponde con amabilidad y sortea las preguntas, no responde a todas las que le for-
mulamos, nos cuenta que recuerda a sus maestros con especial deferencia y es
indudable que le gusta conocer personalmente a los poetas y escritores famosos.
El nombre de García Márquez vuelve en su conversación con una sincera admi-
ración por la fabulación y la inventiva del Premio Nobel colombiano. Walcott,
que es también un hombre de teatro, sube y baja la voz, valora los silencios y los
cambios de acento, el ritmo de sus frases va y viene como el oleaje. La reunión
que duró unas tres horas, terminó con un exquisito postre de crema, mango y
helado, el café que no podía faltar y un regalo para cada uno de los presentes:
una bella cajita de lápices, primorosamente labrada por los artesanos de
Guadalupe, Estado Lara.

Al conocer a un poeta, a un filósofo, a un científico o a un artista, se corre
siempre el riesgo de contrastar una imagen, generalmente idealizada del mismo,
con el hombre de carne y hueso que tenemos en frente, pero la ocasión de cono-
cer a Walcott y hablar con él, la reunión con los poetas y escritores venezolanos,
la acogida y amabilidad de la familia Luján, el rato tan agradable que todos pasa-
mos, hicieron del encuentro una experiencia inolvidable.

Michaelle Ascencio
conversa con
Derek Walcott

DEREK WALCOTT





Encuentro con la palabra El poeta se sentó frente al micrófono. Juan Luis Delmont, el traductor, ocupó su puesto, y se oyeron las primeras notas de la guitarra que tocaba el artista Miguel Delgado Estévez. Todos creímos que íbamos a oír una conferencia con fondo musical, pero el hombre de teatro se impuso sobre el conferencista. El dramaturgo se apoderó de la escena y construyó a partir de los cantos de su poemario *Omeros*, un diálogo entre Aquiles y su padre cuando el joven guerrero retorna a África, su tierra natal, en un sueño que le produce una insolación, tendido en su barca en el Mar Caribe. Sorprendidos y dejándonos llevar, nos deslizamos en la atmósfera de memoria y olvido que Walcott, en su papel de padre de Aquiles, y el traductor, en el papel del joven guerrero griego, convertido ahora en un pescador de la isla de Santa Lucía, desplegaban en versos que rehacían una historia remota desde las costas de África hasta las costas del Mar de las Antillas. Reconocimiento, ausencia, pérdida de la lengua y de la identidad, festejo, sufrimiento, los primeros momentos de nuestra historia, hecha de sorpresas y enfrentamientos, en el encuentro de Aquiles y su padre después de largos años de ausencia, y en la imposibilidad de hablar una lengua común, tal como debió ocurrir entre conquistadores e indígenas, o entre esclavos africanos, indígenas y europeos. Porque así como Homero cantó la epopeya de los griegos que partieron a Troya en Asia Menor, así Walcott, convertido en el Homero del Caribe, escribe una epopeya caribeña en la que cuenta los comienzos de nuestra cultura. *Omeros* es la nueva epopeya de gentes que no fueron heroicas y de los que no recordamos los nombres.

Palabras de Derek Walcott

“Quiero agradecer esta hospitalidad tan maravillosa que he recibido en la ciudad de Caracas, por la cual estoy sumamente agradecido y sorprendido. He estado muy preocupado en tratar de decidir qué es lo que debía decirles, porque no soy muy aficionado a dar discursos o a la prosa. Soy un mal pensador. Entonces yo pensé que quizás lo mejor que podía hacer era leerles una poesía, especialmente de un libro que se titula *Omeros*.

La sección que les voy a leer trata de la experiencia de un pescador negro que se llama Achille o Aquiles, que sale a pescar un día y sufre una insolación, y en ese instante de insolación él viaja a África en su memoria, y como un sueño no tiene tiempo y no está marcado por la lógica, todo lo que le sucede a Aquiles en ese momento de insolación ocurre en un instante, y lo que sucede es que él regresa a África, a la costa de África y su canoa ha sido transportada por un pájaro muy pequeño, por una golondrina.

Esta sección lleva a Aquiles a remontar un río que llega a la aldea de sus ancestros. Ahí yo no sé cuántos tatarabuelos y bisabuelas se encuentran. Pero cuando los encuentra no se pueden comunicar porque se han separado en sus lenguajes.

Esto para mí está relacionado con el tema de esta conferencia, la cual me honra muchísimo en el sentido de que están impotentes, no pueden expresarse en los lenguajes, en el idioma que ellos



conocen. Así que la experiencia africana en el Caribe es exactamente igual a la judía, a la española, o la china en el Caribe.

Una vez que nosotros cruzamos este meridiano, pues estamos llegando a un área del olvido y el esfuerzo del nuevo mundo implica un esfuerzo en recordar, y algunas veces esa memoria ha sido bloqueada forzosamente por esclavitud, por trabajos forzados, por masacres.

Entonces, estas historias son tristes, son trágicas. La realidad de ello es que no importa cuán trágicos sean estos episodios cuando los esclavos sencillamente fueron tirados por la borda, como si fueran cambures podridos, y eso es lo que eran: sencillamente era un

cargamento, y cuando no servían, pues los botaban por la borda. Pero así como los cambures sanos pudieron sobrevivir, los esclavos sobrevivieron. Fue un trabajo de supervivencia y aguante, y esto incluye tanto a personas de Europa como a personas de África. Personas que tuvieron que hacer un esfuerzo para renombrarse a sí mismos, y eso hasta cierto punto es el poder de la expresión de saber quiénes somos.

El poema es un tributo, entonces, a la gente sencilla, a la gente que ha sido reducida. El héroe, o aún el anti héroe del poema, es un pescador y por naturaleza no es heroico, es sencillamente pobre y analfabeta. Pensé que cuando yo estaba escribiendo el libro quería brindarle un tributo a la vida y en realidad es un tributo a estas personas, a la forma cómo vivían. No son héroes maravillosos sino gente que se encuentra trabajando en la playa, haciendo su trabajo y, sencillamente, dándole su vida al mar.

Entonces, cuando esta sección comienza, Aquiles sufre una insolación y trata de recordar quién es.

‘No era algo que pudiera olvidarse, como la bruma marina o el estruendo de las rompientes contra las abruptas playas de Senegal o de la costa de Guinea. Agarró la tapara y la vació a chorros sobre su cráneo hirviente. Luego se volvió a sentar y trató de calmar el oleaje del vómito en su estómago.

Después empezó a desatar los nudos de la vela. Mientras tanto, el bobo de su compañero seguía tan tranquilo preparando la cesta del pescado. El tiempo es la métrica, la memoria la única trama.

Recordaba este río insolado con unas chozas montadas sobre unos pilotes, donde delgadas figuras desnudas, cuando pasaba remando, lo miraban amables o duramente en su silencio. El silencio es una vieja cerca que arde en el corazón de un niño.

Acompañado en su regreso al hogar entre fogatas en un claro abrasador cerca de la orilla de los bajíos de suaves labios cuyo rumor hería su palpitante corazón, mientras la curiara deslizaba su tosca cuña pintada hacia las desvencijadas varas de un embarcadero amarradas con bejuco, el río mudaba su vieja piel como una serpiente bajo el sol candente que proseguía su dominio sobre este brazo del Congo; la proa encontró su pilote en el río y se frotó en él la nariz, como un cerdito que se topa con su ubre preferida en la marrana de dulce gruñido, y ahora cada mejilla dejaba correr su propio riachuelo de cristalinas lágrimas, mientras Aquiles, llorando, amarraba la proa de la curiara, enjuagaba sus ojos con la palma seca de su mano, y sentía que una mano fuerte le ayudaba a subir al bamboleante embarcadero.



Y en este momento yo soy, Aquiles, como escritor. Yo soy el héroe, el líder del poema. Entonces debo admitir a mis antepasados que no somos puramente africanos o puramente irlandeses o británicos, que ellos están totalmente fusionados, y esta es la experiencia del Caribe, tenemos más de un ancestro, más de un antepasado, eso es lo que quiero decir.

Una mitad de mí estaba con él; la otra con el guardiamarino por un canal holandés. Pero ahora, ninguna era más feliz o infeliz que la otra.

Ahora, aquí reconoce a un viejo que viene en su dirección y comienza a ver en este hombre que viene, sus rasgos anteriores. Es como si estuviese enfrentado a sí mismo, caminando hacia sí mismo, puesto que este hombre lleva sus propios rasgos. O sea, que es el nuevo mundo que ve en el espejo del viejo mundo.



Un viejo le pasó el brazo por el hombro a Aquiles, y la vocinglera muchedumbre marchó detrás de ellos. Le tocaban los pantalones, la camiseta, le arañaban la textura con las manos, como un gatito hace con la ropa, hasta que llegaron ante una choza abierta. El sol se detiene con expectante silencio. El río para de hablar, así como, a veces, el silencio apaga de pronto un mercado.

El viento se agazapaba en la hierba. Un hombre seguía caminando con pasos firmes hacia él, y supo por la manera de andar que era él mismo en su padre; los mismos dientes blancos, las mismas manos que se abrían.

Buscó sus propias facciones en las de quien le dio la vida y vio dos mundos allí reflejados; el cabello era la espuma que se enrosca alrededor de un escollo, la frente un río que frunce el seño, mientras corrían por el estuario de un amor asombrado y el Tiempo se quedó parado entre los dos.

El único intérprete de la charla compartida de sus labios era el río con la espuma, y el chapoteo del agua bajo las varas del embarcadero, donde la tribu estaba parada como una hilera de pilotes invertidos por sus reflejos. Luego subieron al caserío, y pareció, mientras hablaban, que todo había sido ensayado siglos atrás. Pudo predecir el propósito de los gestos de su padre: estaba caminando con los muertos.

Las mujeres hicieron un alto en su labor, luego sonrieron al guerrero de regreso de su combate con el humo, y de regreso del reino donde había sido capturado; lloraban y eran felices.

Y ahora este encuentro se va a transformar un tanto, porque el padre no entiende el idioma del hijo y el hijo no entiende el idioma del padre, y entonces esto es lo que sucede en el nuevo mundo, se nos olvida el idioma de donde venimos, recordamos parcialmente el español o el yoruba, o lo que sea, pero sencillamente el olvido es parte de nuestra condena, y también la búsqueda continua es parte de nuestro destino, pero la gira que viene del viejo mundo hacia el nuevo mundo, está basada en una mala interpretación, entonces en nuestros intercambios uno no entiende lo que el otro quiere decir.

Luego los pescadores se sentaron al pie de un árbol, rodeado de un círculo de piedras. Su padre dijo: *Afolabe*, tocándose el corazón.

En el lugar de donde vienes, ¿cómo te llaman?

La tribu susurra: Aquiles. Luego, igual que cedros al alba, los susurros se serenan.

Afolabe

Aquiles. ¿Qué significa ese nombre? Olvidé el que yo te había dado. Pero eso fue hace muchos años.

¿Qué significa ese nombre?



Un nombre tiene sentido. Las cualidades que uno quiere que un hijo tenga o una hija; porque de modo que hasta las sombras que te llamaron esperaban alguna virtud de ti, porque cada nombre es una bendición, ya que me acuerdo de lo que yo esperaba de ti cuando eras niño. A menos que el sonido no signifique nada. Entonces no serías nada. ¿Acaso creían que no eras nada en ese otro reino?

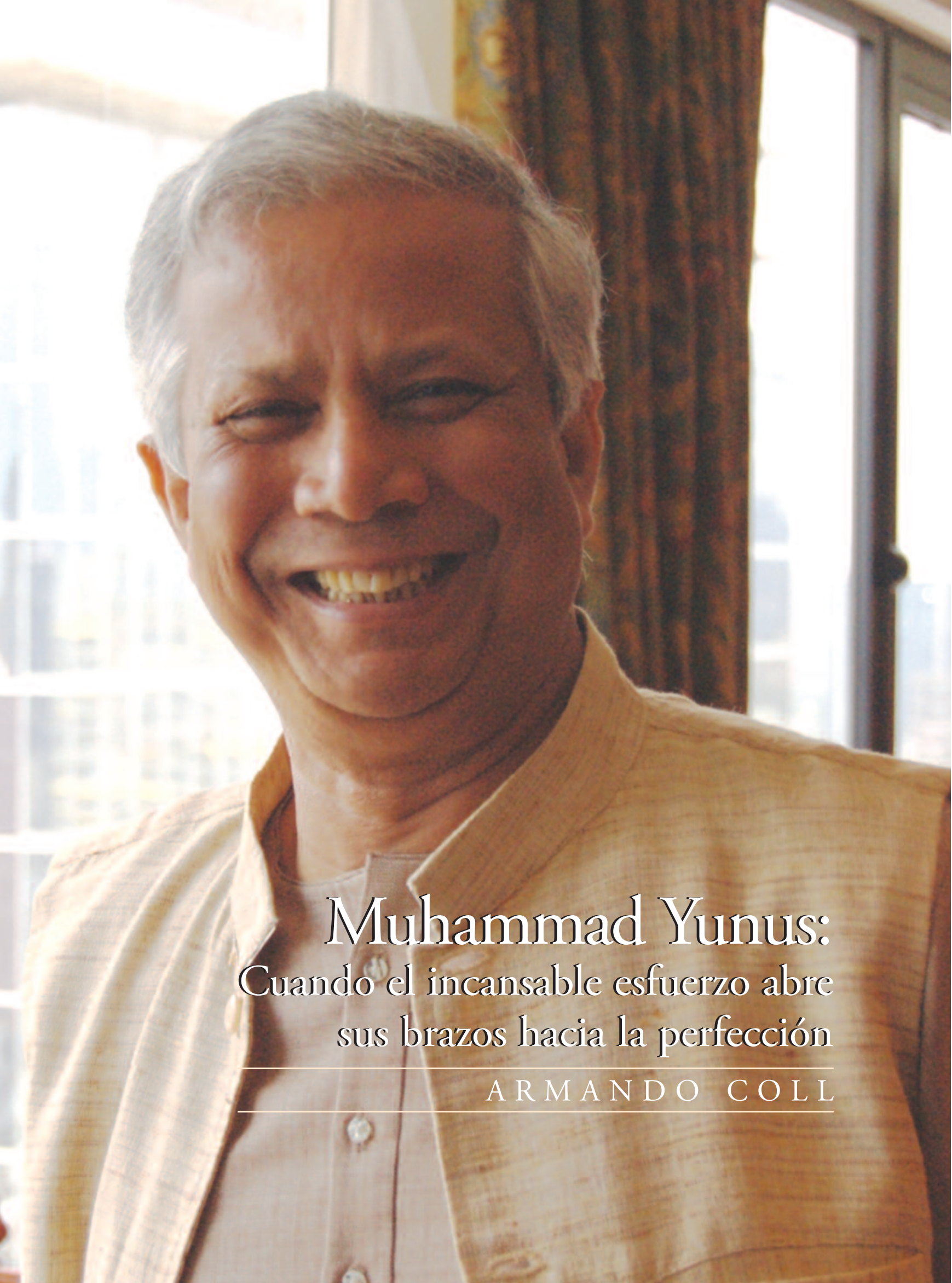
Pero bueno, Aquiles, si yo te señalara y dijera: Este es el nombre de este hombre, ese árbol y ese padre ¿acaso el sonido sería una sombra que te atraviesa el oído, sin la forma de un hombre, de ese árbol y ese padre? ¿Qué sería? (Y así como las ramas se mecen en el ocaso por temor a la amnesia, al olvido, la tribu comenzó a afligirse.)

Ningún hombre pierde su sombra a menos que sea de noche, pero aún entonces su sombra está oculta, no perdida. Con el brillo de la aurora, el hombre se alza con su propio nombre en esa luz.

Cuando baja al río con los demás pescadores su sombra se estira en la mañana y bosteza, pero tú, si no te importa no saber lo que significan nuestros nombres, entonces yo no soy Afolabe, tu padre, y tú miras por mi cuerpo como la luz a través de una hoja. No estoy aquí, o sólo soy una sombra. Y tú, hijo sin nombre, eres sólo el fantasma de un nombre.

¿Por qué nunca me hiciste falta hasta que regresaste? ¿Por qué no me hiciste falta, hijo mío, sino hasta que estuviste perdido? ¿Acaso eres el humo de una hoguera que nunca ardió?

No había respuesta para eso, igual que en la vida. Aquiles asintió con la cabeza, las lágrimas nublaban sus ojos, donde se reflejaba el pasado lo mismo que el futuro. La blanca espuma le bajó la cabeza.

A close-up portrait of Muhammad Yunus, an elderly man with grey hair, smiling warmly. He is wearing a light-colored, textured button-down shirt. The background is a window with a view of a city skyline, partially obscured by dark curtains.

*Muhammad Yunus:
Cuando el incansable esfuerzo abre
sus brazos hacia la perfección*

ARMANDO COLL



El paisaje Bangladesh, la tierra del bengalí, a tramos, se antoja más bien un mar. Se dice que unos 10 millones de pescadores tienen su barca por casa, siempre sobre la corriente. La vida de los habitantes de Bangladesh, parte de la Bengala Oriental, está signada por los monzones: los vientos, que así como una vez trajeron las lluvias y la fertilidad de los suelos, al anegarlos cada tanto con los ríos y las olas que atormentan fuera de sus cauces, decretan la desgracia de la gente.

Vivir, nutrirse y multiplicarse según antojo de los elementos no es nada fácil: es el hombre confrontado al paisaje exigente, hosco o irascible, el que, paradójicamente, aprende a sacar mejor provecho de la naturaleza al entenderla en lo hondo de sus causas, no siempre del todo imprevisibles. Es así que un pueblo da lo mejor de su viña.

Dicen de los suelos de Bangladesh que son los más fértiles de la Tierra, los más auspiciosos, mas tal providencia es azotada por el látigo de los ciclones. El bangladésí reside una tierra noble aunque severa, tal como la canta Rabindranath Tagore, el gran poeta de la lengua bengalí: *“Día a día me hace merecedor de su aceptación, al no darme siempre, salvándome de los azares de la debilidad, esos deseos inciertos”*.

Así, las mujeres y hombres que laboran sobre la tierra aprenden a aguardar, se hacen pacientes: *“como la vigilia de las estrellas en la noche”*.

Pero la temporada monzónica vuelve con fatal puntualidad. La irritabilidad de la atmósfera aumenta cada año con el recalentamiento del planeta. Y el viento trae consigo torrenciales lluvias, el agua por todas partes, indómita, que es el sino de los bangladéses.

En un país así, el clima parece determinarlo todo. El temperamento de la naturaleza es algo a lo que nadie puede escapar. La única manera de sobrevivir es si se comprende bien el carácter tornadizo de la atmósfera, que como provee quita.

“Gracias a los depósitos frescos de limo que cada año dejan las inundaciones, el suelo bangladesí es probablemente el más fértil del planeta”, escribe el periodista David Bornstein en su libro *El precio de un sueño*.

Es así que la naturaleza no es sólo preocupación de científicos puros, sino que su observación, el escrutinio empírico del campo es materia que puede ocupar a un economista.

“Cada año tenemos una tragedia equivalente a la que causó el huracán Katrina en Nueva Orleans”, dijo el economista bangladesí Muhammad Yunus en Caracas, en ocasión de ser invitado a pronunciar *Palabras para Venezuela*, foro que **Banesc** auspicia y concierta desde 2003.

En agosto de 2007, un par de meses después de esta declaración de Yunus en Venezuela, el monzón de verano volvía a cobrar su cuota de vidas y edificación humana en el sur de Asia: 3.200 muertes, 50 millones de personas afectadas, 406.000 damnificados, más de 18.000 desplazados, pestes y, desde luego, hambre. Números, saldos y estadísticas que reporta la agencia EFE, y que no son nada cuando se aprecia el drama individualizado. A pequeña escala. Cuerpo a cuerpo. A escala humana.

El monzón cumple; así los hombres. Desde que lo huelen, lo ven como un tumulto de nubes en el horizonte.

Pero la fuerza atmosférica no se deja someter. Sólo cabe estar preparado en lo posible. En 1974, durante una de las peores inundaciones que se registraran en ese país de 150 millones de habitantes, se perdió gran parte de las cosechas. Se puso en marcha un plan de emergencia creado en 1943, tras una hambruna que causó la muerte de 5 millones de bengalíes. La tragedia no se repitió en tales dimensiones, pero había otro problema. No siempre es la falta de alimento lo que deja a la gente sin comida; el acaparamiento para aumentar los precios o el darle prioridad a la exportación para obtener recursos financieros tienen su parte en el drama.

“¿Cómo afecta el monzón el precio de la paja?”, sería una de las preguntas que se hiciera el para entonces joven profesor de economía Yunus.

No hacía mucho tiempo que volviera de Estados Unidos donde culminara sus estudios en la Universidad Vanderbilt de Nashville, daba clases en la



Universidad de Chittagong, localidad cercana a la capital Dhaka, y al comparar las elaboradas teorías que impartía en el aula y la realidad que lo circundaba lo asaltó una profunda preocupación. En un país como el suyo no es posible apartarse de la dura situación de la mayoría de sus habitantes. “¿Cómo puedo enseñar algo con lo que estaba totalmente descontento?”, se preguntaba. La economía que había estudiado hasta entonces no explicaba lo que observaba a su paso, camino a la universidad. “Trataba de hallar algún aspecto relevante en lo que veía a mi alrededor”, relata el catedrático.

Ese año de 1974, tras la hambruna ocasionada por las inundaciones, el economista Yunus tomó la decisión que lo llevaría a crear un sistema para enfrentar y superar la pobreza y que lo haría merecedor del Premio Nóbel de la Paz.

Veinte años después, el Grameen Bank fundado por Yunus estaba presente en una gran parte del territorio de Bangladesh, hasta en los lugares más remotos del extensísimo delta del Ganges, el río sagrado. “En comparación con las cabañas de madera y hojalata por las que acabábamos de pasar, desde lejos la oficina de hormigón de dos plantas (de la sucursal del Grameen en Dibupur) parecía prácticamente indestructible, una figura perdurable en el paisaje, como una vieja y perdurable higuera de bengala”, reseña Bornstein tras un largo viaje por río.

El hormigón que se erige entre la selva anegada de ese rincón del mundo es, sobre todo, la fe y el compromiso de la gente. Esa la materia del sueño de Muhammad Yunus.



El hombre Esta tierra ardua de los bengalíes, así como fructifica el oro del maíz, acuna hombres con el talante de la espiga, que soportan vientos de tormenta, lluvias inclementes, y permanecen en pie a todo trance.

“La mañana llegará de todos modos, la noche desaparecerá, y su voz animará las ramas doradas hacia el cielo”, apunta Tagore en los versos que él mismo traducirá de la lengua nacional al inglés, en pequeñas libretas que cargará hasta la capital del Imperio: Londres.

Mahatma Gandhi buscó la camaradería prestigiosa del poeta para continuar su cruzada por la independencia de la India, que entonces entrañaba el territorio ahora liberado de Bangladesh.

Pero Tagore supo que su única patria era la lengua en la que cantaba: el bengalí.

Y fue esa lengua la que determinó en buena parte el descontento, que luego fue alzamiento y poco después guerra, que independizó la Bengala Oriental del Pakistán que los dominaba a distancia, al otro lado de la India. Pakistán gobernaba con mano de hierro a millones de musulmanes que se habían separado del gran territorio predominantemente hinduista.

Musulmanes a un lado y otro del territorio hindú, pero irreconciliables, sobre todo si los gobernantes de Pakistán prohibían la lengua nativa de los remotos orientales.

Es el himno de Bangladesh un canto de Tagore, que no vivió para ver libre la Bengala Oriental.

Mi Bengala Dorada se llama, y canta así, en la rústica aproximación al español: “En primavera, ¡Oh tierra mía, la fragancia de tus mangos frondosos me llena de alegría y de cuánta emoción! En otoño, ¡Oh patria mía, en los campos anegados florecen las sonrisas!”.

La inexplicable sensación que es la patria, ese atavismo que sólo, tal vez, la música pueda invocar, esa tensión se constata más cuando el pedazo de tierra en el que se nació aparece difícil, calamitoso, tanto en la nostalgia de la distancia como en la voluntad de luchar.

En los tiempos de la lucha por la independencia de su país, Muhammad Yunus era el hijo de una familia pudiente de Chittagong, que vivía en un apacible *campus* académico de Estados Unidos.

No cumplía todavía los 25 años cuando lo invitaron a impartir clases en universidades de Kentucky y Colorado. Desde allá formó parte de los grupos de



presión que abogaban en Occidente para que se suprimiera la venta de armas a Pakistán.

A Yunus le tocó, además, vivir en Estados Unidos en los años en que la juventud de ese país protagonizaba una rebelión pacífica que inspiró a los universitarios de todo el mundo: era la época en que los muchachos manifestaban en contra de la intervención estadounidense en Vietnam.

La época en que las rígidas estructuras universitarias en el mundo occidental se vieron dramáticamente cuestionadas.

Una vez sellada la independencia de Bangladesh, el joven Yunus fue llamado por el recién instaurado gobierno para contribuir en la reconstrucción y organización del naciente país.

Pero pronto la burocracia excesiva —esa rémora de los estados jóvenes— lo hicieron renunciar y volver a las aulas, esta vez de la Universidad de Chittagong.

El brillante economista supo traer lo mejor del Primer Mundo a su incipiente como congestionado país: el espíritu renovador, el nuevo talante cuestionador de las juventudes de los países desarrollados.

Las rígidas normas del otrora colonizador inglés sumadas a la poca movilidad social de la Bengala musulmana seguían vigentes, mientras los muchachos del antiguo imperio británico profesaban la liberación de los años sesenta.

A principios de la década de los setenta, cuando Bangladesh recién estrenaba su independencia, todavía un estudiante comparecía ante el profesor siempre con la cabeza baja, incapaz de interpelar la mirada del maestro.

A Yunus, de vuelta de América, tal costumbre le pareció ofensivamente atrasada. Y fue así como en el aula de Chittagong, el maestro que regresaba a casa impuso otras formas en la enseñanza.

Como líneas más arriba se anuncia, Yunus quiso confrontar el conocimiento con la realidad inmediata, la de los aldeanos que vivían cerca -la que atestiguaba cuando se paseaba en las tardes cerca del *campus* en el que se residió con su esposa estadounidense-, y se permitía, terminada la jornada, unas palabras con los campesinos y los pequeños terratenientes, a la vera de una taza de té, en los modestísimos tarantines en que estos compatriotas suyos se reunían para despedir el día.

Ahí escuchaba las conversaciones sobre los problemas de la faena del campo. Supo que no todas las culpas se podían atribuir a los monzones, y que ciertos desacuerdos entre los hombres contribuían a la adversidad. La pobreza los hacía desconfiar demasiado entre ellos.

El profesor y sus estudiantes buscaron una forma de intermediación que solventara las reservas de unos y otros, y así crearon la Granja Compartida Nueva Era. Eran los pinitos, el primer ensayo de lo que más tarde se consolidaría como el Grameen Bank.

Yunus descubría entonces valores fundamentales para el funcionamiento de una economía: la confianza y el compromiso, lo que arraiga en la honorabilidad y, por supuesto, al final se expresa en ganancia para todos.

Fundamentado en estos valores, Yunus proponía una vía contraria a las tradicionales donaciones, los “favores” practicados por tantos gobiernos entre los pobres, paliativos efímeros y que profundizan la dependencia de los individuos.

¿Cuál es el problema con este modelo atinadamente llamado paternalismo?
El que da manda.

La Granja Compartida Nueva Era fue cedida al Estado. ¿Y qué ocurrió? Los aldeanos, que Yunus y sus alumnos lograron poner de acuerdo para producir juntos, fueron excluidos de la toma de decisiones.

Es un icono de las culturas de Asia del Sur, recurrente en postales y en el cine; una fantasía turística, pero que forma parte del sustento de una sustancial porción de familias bangladesíes. La forma de transporte predominante fue por mucho tiempo el *ricksshaw*, esas carretillas arrastradas por el hombre, el taxi del Indostán.

Era un bien bastantepreciado para un padre de familia. Pero pocos eran propietarios de un *ricksshaw*; la mayoría de los aurigas arrendaba la carreta, y al final del día tenía que honrar al propietario con una suma que le dejaba un mínimo margen por toda ganancia.

Yunus y sus alumnos sacaron la cuenta. Si un conductor arrendatario pagaba ocho takas (la moneda de Bangladesh) al día, al año podía reunir la cantidad suficiente para comprar un *ricksshaw* de segunda mano. Al convencer a estos trabajadores de que eso era posible, les ofreció el préstamo que habrían de pagar con su trabajo en pequeñas cantidades a lo largo de un año. La fórmula resultaba atractiva, sin duda.

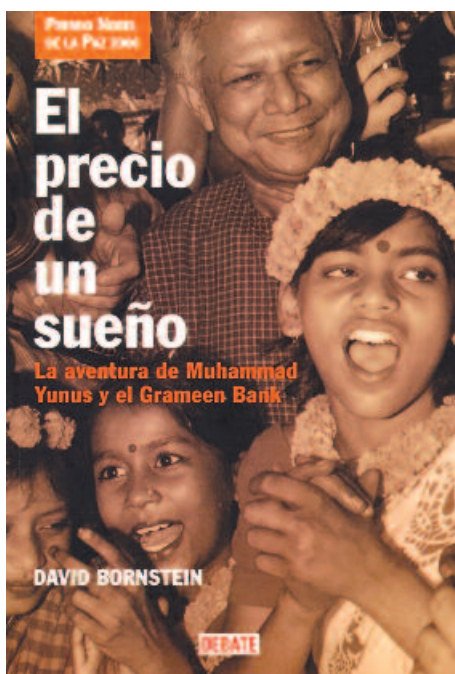
El economista comenzaba a constatar en la realidad lo que había pensado: “las fantasías teóricas” que había enseñado eran desplazadas por la aplicación de mecanismos basados en valores humanos, en la capacidad de las personas para cumplir un compromiso.

Este principio tendría los resultados más sorprendentes cuando se pusiera en práctica entre las miles de mujeres que vivían de trabajos de subsistencia, en condiciones cercanas a la esclavitud, cuando no de la mendicidad, en un país en el que la pobreza extrema afectaba a más de la mitad de la población.

“La madre es la última en comer”, piensa la mujer bengalí, frecuentemente viuda, sola con la prole.

Pero, ¿cómo crear un sistema de préstamos para los pobres absolutos?

Yunus piensa en su país, en el paisaje anegado, en las aguas que vienen como van de las inundaciones implacables, las aguas que destruyen y al retirarse dejan el humus en el que habrá de repetir la primavera con su opulencia, el otoño con sus bondades. El agua llana que se explaya sobre la tierra. “Los grandes bancos no pueden llegar a las aguas poco profundas”, se dice el economista. Las aguas poco profundas en las que anida la pobreza y sus pestes. Una imagen sucinta de una filosofía que expresa un problema práctico.



La obra ¿Cómo puede ser ignorado por el mundo un país de 150 millones de habitantes? En 1970, muchos tuvieron primera noticia cierta de Bangladesh. El ex Beatle, George Harrison convocó un elenco de superestrellas del rock para ofrecer The Concert for Bangladesh, en el Madison Square Garden de Nueva York. El impacto mediático del concierto, del que se rodó una película que fue exhibida alrededor del mundo, alertó como nunca sobre el asunto del hambre que padecían millones de personas. Bangladesh devino símbolo de esa urgencia.

Si se le recuerda tan espectacular iniciativa artística, Yunus se muestra más bien parco: “Es una ayuda, pero no resuelve el problema”. Bangladesh apenas nacía como país con gobierno propio. Y en la región de Puatakhali un ciclón causaba 225.000 muertes.

En Nueva York sonaba la hermosa canción de Harrison *While My Guitar Gently Weeps*. Mientras la tragedia ocurría al otro lado del mundo, Eric Clapton hacía llorar las cuerdas de su guitarra ante una audiencia de 40.000 personas en el Madison Square Garden. Esa noche coincidieron en el escenario el otro ex Beatle Ringo Starr, Leon Russel, Billy Preston y Bob Dylan, entre una banda irreplicable para la historia del pop, que no cobraron un centavo por su actuación. Antes que ellos, subió al entarimado el extraordinario compositor y

sitarista indio Ravi Shankar, acompañado del no menos célebre tablista Ala Raka, que embelesaron a una audiencia completamente desprevenida con la monumental música modal de la India, país que simpatizaba con la causa independentista del entonces Pakistán Oriental, y que definió el conflicto con su intervención a favor de Bangladesh.

El concierto recaudó 243.418,50 dólares que fueron entregados a la administración de UNICEF. Fue la primera experiencia de la pléyade del rock en materia filantrópica y ha sido imitada por nuevas generaciones de artistas hasta hoy con causas diversas.

Apagados los reflectores del espectáculo, la realidad con 12 horas de diferencia continuaba inclemente para los bengalíes.

Para ese momento, Yunus permanecía en Estados Unidos, activo en la campaña contra la venta de armas a Pakistán.



Muhammad Yunus lo repite donde quiera que va: “La pobreza no es causada por los pobres”. Y a esa sintaxis corresponde el hecho de que los pobres son capaces de acabar con la pobreza.

Tras los ensayos relatados con los agricultores de arroz, Yunus vio otra gran oportunidad de realizar sus intuiciones en el campo.

“Me impresionó descubrir una mujer de un pueblo”, cuenta el profesor, “que pedía prestado menos de un dólar al agiotista local, con la contraprestación de que este último tendría derecho exclusivo para comprar todo lo que la mujer produjera al precio que él decidiera”.

Yunus decidió entonces con sus estudiantes hacer una lista de las personas que se encontraban en esa situación en el pueblo vecino a la universidad. 42 personas habían pedido prestado al agiotista y entre todos sumaban una deuda de apenas 27 dólares. El profesor se asombró aún más al ver el júbilo que provocó entre la gente que él mismo desembolsara los pocos dólares para saldar la deuda.

Se dio cuenta de que era cuestión de pequeñas cantidades de dinero lo que podía redimir a tantas personas de la pobreza.

Acudió al banco situado en el *campus* universitario y se propuso como garante de los pequeños préstamos que solicitaran los pobres de la localidad.

Hubo resistencia de parte de los directivos, pero el prestigio de Muhammad Yunus se impuso a las reservas.

“El resultado me dejó atónito”, recuerda. “Los pobres pagaban sus préstamos siempre y a tiempo”.

Esa experiencia fue la simiente del Grameen Bank o Banco del Pueblo, creado formalmente en 1983.

Hoy en día, el banco da préstamos a cerca de 7 millones de personas pobres, 97% mujeres, en 73.000 pueblos repartidos por todo Bangladesh.

¿Por qué el predominio femenino? Como se ha dicho, la madre bengalí come de última. Primero los hijos, y para que ellos coman hay que asegurar un sustento perdurable, garantizado en el pago puntual de un préstamo. La ecuación no puede ser más sencilla y humana.

“Los hijos de las que piden préstamos se comportan mejor que los demás”, observa una de las beneficiarias. El compromiso, entonces, se irradia a toda la familia y crea una cultura de honradez.

El Grameen Bank se asegura de obtener los intereses mínimos que le permitan continuar funcionando siempre a favor de los desposeídos.

Actualmente, cerca de 85.000 mendigas reciben préstamos del banco. Con ello compran las mercancías que ofrecen en las calles y una gran cantidad de ellas ya ha superado la pobreza definitivamente.

Las “damas del teléfono” son otro ejemplo de la efectividad de los mecanismos del Grameen. Son mujeres que alquilan llamadas de su teléfono celular -muy parecida práctica a la de los buhoneros telefónicos de Venezuela-, y han dejado atrás la pobreza con préstamos que en total suman unos pocos cientos de dólares.

Esta monumental evidencia hace pensar que los mejores clientes de la banca serían los pobres, más si son mayoría, pero sólo hasta que llegue ese día con el que Muhammad Yunus no deja de soñar, y en el que parece tener firme fe: un día en que nuestros hijos vayan a un museo para entender cómo era la pobreza.

Escribió Tagore: *“Donde el incansable esfuerzo abre sus brazos hacia la perfección, donde el cauce claro de la razón no se ha desviado hacia donde habita la muerte. Donde el espíritu sigue siempre en la plenitud del pensamiento y la acción. En ese cielo de libertad, Padre, haz que mi país despierte”.*



Encuentro con empleados de



Banesco Banca Comunitaria



Previo al evento *Palabras para Venezuela 2007*, al que fue invitado por Banesco junto a otro Premio Nobel, el gran poeta Derek Walcott, Muhammad Yunus tuvo la oportunidad de conocer e interactuar con los alrededores de 130 trabajadores de la Banca Comunitaria perteneciente a la institución.

La vicepresidenta de Banesco Banca Comunitaria, Claudia Valladares, había elaborado junto con los empleados un cuestionario que sería enviado a Yunus, previo a su llegada a Caracas.

Varias eran las interrogantes que inquietaban al personal a cargo de esta novedosa experiencia bancaria en Venezuela: por ejemplo, ¿Cómo se pueden construir negocios con responsabilidad social en el capitalismo?

Un concepto aplicado por el Grameen Bank de gran impacto es el de Negocio Social, que se hace sobre bases capitalistas, cumpliendo plenamente con el fin de mejorar la calidad de vida de los más pobres.

Ideas tales le han valido una serie de mistificadores epítetos que lo preceden donde quiera que va: “el prestamista de la esperanza” “apóstol”, “soñador”. La prensa venezolana habló de los “milagros” de Yunus y el “Evangelio según Yunus”.

No era para menos, tratándose de la presencia de un hombre, que bajo su guía ha logrado en Bangladesh que al menos siete millones de pobres hayan recibido créditos, que honran puntualmente, lo que les ha permitido superar la pobreza en forma definitiva. El revuelo causado por su visita a Venezuela era de esperarse, en un país con altísimos y sostenidos índices de pobreza, a pesar de sus enormes recursos.

Al presentarse ante los empleados de Banca Comunitaria, la simpatía fue inmediata entre el personal. Veían a un hombre menudo, de sonrisa franca y gestos seguros y desenvueltos, vestido sencillamente, a la usanza de los asiáticos del Sur, con suaves prendas de algodón.

No dejó de confirmar que los adjetivos que se le atribuyen le son leales, pero también hizo saber que si es un “soñador”, es porque sueña con cosas que pueden realizarse, y para muestra, la transformación que ha significado el Grameen Bank en su país.

En el taller con el personal de Banesco habló de los negocios sociales que plantean nuevas formas de intervenir en el campo social. Para Yunus, las empresas con excedentes, en vez de crear fundaciones o regalarlos a los pobres y punto, deben crear mecanismos de negocios sociales con base en la producción y la rentabilidad. Por ello, insiste en que el Estado no debe intervenir directamente en la figura del microcrédito.

“El Estado y el microcrédito no van juntos porque la iniciativa se politiza muy rápido, el reembolso pasa a ser menos importante y los argumentos políticos cobran importancia”, señaló.

Sostiene, eso sí, que el Gobierno debe alentar que el sector privado valore el compromiso social de ayudar, y crear fondos al por mayor para que los privados puedan pedir el dinero prestado. La fórmula ha tenido éxito en Bangladesh y funciona de manera independiente del Gobierno.

Puso como ejemplo de negocio social, la asociación del Grameen Bank con Danone, una empresa trasnacional de productos lácteos. Actualmente producen un yogurt que tiene una cantidad de nutrientes especialmente pensados para combatir la desnutrición de los niños bangladesíes. Danone puso un aporte y el Grameen Bank otro. Las ganancias que se obtienen en este negocio se reinvierten en un fondo rotativo, que financia la investigación en el área nutricional y otras afines. En este momento trabajan en el diseño de un envase comestible para el yogurt, porque Yunus es partidario de no desechar nada. “Eso

es mucho más productivo que simplemente hacer una donación o una caridad puntual”, insistió.

En este caso la ganancia se reinvierte y así satisface los intereses de todos los involucrados, además de generar empleo.

Especial inquietud expresó el personal sobre si las fórmulas empleadas en una cultura tan lejana como la bangladesí, podrían ser aplicadas en un país occidental como Venezuela. Yunus respondió que, en general, entre los pueblos es mucho más lo que nos hace semejantes que lo que nos separa, pero lamentablemente los hombres tienden hacer demasiado énfasis en esas mínimas diferencias.

Por supuesto, hay condiciones y circunstancias que son diferentes. En el Grameen Bank de Bangladesh, 97 de cada 100 prestamistas son mujeres. No sólo está convencido de que las mujeres administran mejor los préstamos, sino que son mejores garantes. Pueden reunirse en grupos solidarios en los que cada una es garante de las otras y así asegurar los pagos.

Aparte de eso, la mujer bengalí ha sufrido tradicionalmente de una discriminación que en Occidente no es concebible, pero cuando se trata de superar las malas condiciones de vida y mejorar su calidad, incluso esa segregación es derrotada. Las mujeres, por ser madres, además aseguran que los beneficios del préstamo sean para los hijos.

Uno de los indicadores más importantes tomados en cuenta por el Grameen Bank para determinar si una prestamista ha superado la pobreza, es que todos sus hijos mayores de seis años asistan a la escuela.

Hoy en día, la institución cuenta con un programa de becas educativas que ha beneficiado a miles de jóvenes bangladesíes.

Otro indicador de suma importancia es que el grupo familiar observe las tres comidas diarias, y que esto se mantenga en el tiempo; al igual que la capacidad para acceder a la asistencia médica, siguiendo todos los pasos que conducen a una oportuna atención.

Claudia Valladares considera el encuentro de los empleados de Banesco Banca Comunitaria con Yunus muy inspirador para el personal: “Para la Banca Comunitaria la visita fue muy positiva, no sólo por el efecto publicitario, sino por la aprobación que el economista le dio al proyecto en el que laboramos. La gente quedó con muchas ganas hacer algo por los demás. Sobre todo, en un país el cual hay una gran crisis de confianza y la gente no quiere invertir.

No podría decir si los pobres son mejores clientes bancarios que los que

no lo son. Lo que pasa es que los pobres no tienen más nada que el préstamo que se les da y la confianza que en ellos se deposita. Otros tienen varias opciones, se pueden dar el lujo de escoger. En este caso, la Banca Comunitaria es la única opción y el agradecimiento del prestamista es tal que no falla, siempre tiene la disposición de retribuir la confianza que se le ha dado”.

Yunus ha podido demostrar que la confianza es un valor vital, que sólo basta alentarlos en las personas. Tal certeza la obtuvo de haber interactuado innumerables veces con los aldeanos y pequeños terratenientes que habitaban en los alrededores de la Universidad de Chittagong: “No necesito una clase en la universidad para conocer lo que es un ser humano”, insiste siempre.



Actualmente, Banesco Banca Comunitaria tiene agencias en zonas populares de Catia, La Vega, Petare, Antimano, Caricuao, San Martín, El Valle, Coche, El Cementerio, Los Valles del Tuy, Guatire, Los Roques y La Isabelica en Valencia. Su lema: ¡Ahora el banco viene a ti!, que refiere al sistema aplicado también por el Grameen Bank, en que los agentes visitan los pequeños negocios, bodegas, expendios callejeros, y evalúan las condiciones y el potencial del propietario para pagar un microcrédito, lo que alivia a los prestamistas de una serie de requisitos que no podrían cumplir frente a la banca tradicional: “Esos grandes barcos”, por usar la imagen de Yunus, “que por su gran calada no llegan a las aguas poco profundas”. Muhammad Yunus repite adonde quiera que va: “El Grameen Bank es una pequeña embarcación que navega en aguas cristalinas”.



Palabras de Muhammad Yunus

Buenas noches. Es un placer haber vuelto a Venezuela. La primera vez que vine, en el año 2001, no sabía casi nada de este país porque en Asia, sobre todo en el sur, no se conoce nada de América Latina; en contraparte, los latinoamericanos tampoco saben mucho de esa región. Así que mi visita en el año 2001 se convirtió en un gran descubrimiento.

Me siento muy contento de haber regresado, y percibo el calor humano que ustedes han demostrado por nuestro trabajo y nuestros planteamientos. Voy a introducir mi exposición hablándoles de Bangladesh, porque muchos se estarán preguntando dónde está ubicado. Está en el sur de Asia, al lado de India y Nepal. Es un pedazo de tierra de sólo 145.000 kilómetros cuadrados, con una población de 145 millones de personas. Así, vivimos uno al lado del otro, nos movemos y chocamos.

Una manera de describir a nuestra población es la siguiente: si pudiéramos juntar a toda la gente que hay en el mundo -6 mil millones de personas, digamos- el único país donde podrían vivir sería en Estados Unidos. Bueno, la ciudad de Bangladesh tiene una densidad un poco mayor. Así que ahí nos encontramos luchando con nuestro propio destino, y la única vez que, probablemente, los periódicos hablan de Bangladesh es cuando ocurre algún gran desastre, como una inundación. Cuando Katrina llegó a Luisiana fue noticia en todas partes. Claro, fue una tragedia grande, murieron tantas personas. Pero muchas veces ha habido Katrina aún mayores en Bangladesh y para nosotros es, simplemente, parte de nuestras vidas.



Hoy oímos hablar del calentamiento global, del efecto de los gases de invernadero, y nos preguntamos cuál será el país que desaparecerá primero. ¿Será Bangladesh? No solamente desaparecerá; millones de sus habitantes, sus vidas y su ecología, quedarán profundamente trastornadas.

Así comenzó mi trabajo. Yo enseñaba en Estados Unidos en la década de los setenta y, súbitamente, hubo una gran guerra civil en Bangladesh. Muchos murieron a manos del ejército de Pakistán. Nosotros éramos antes parte de Pakistán, y en este caso fue nuestro propio ejército el que mató a tantos compatriotas y devastó nuestro país. Entonces, hicimos campaña para lograr la independencia, y al final de 1971 nos independizamos. Inmediatamente decidí volver y participar en la creación de una nación. Una vez en Bangladesh, comencé a trabajar en las universidades porque eso era lo que me gustaba más, enseñar. Entonces pasábamos por un momento de euforia. Éramos un país independiente e íbamos a arreglar todos nuestros problemas.

Sin embargo, pronto nos dimos cuenta de que los sueños pueden convertirse en pesadilla. En 1974 se registró una enorme hambruna. No podíamos alimentar a nuestro pueblo. No había suficiente alimento, la gente moría de hambre. Y ahí me encontraba yo, un joven profesor que venía de Estados Unidos, hablando de teorías elegantes a nuestros estudiantes, y cuando salía del aula veía a la gente morir de hambre. Me sentí horrorizado, totalmente impotente e inútil. Todos esos libros, esas teorías, no me ayudaban a hacer nada. Entonces, tomé una decisión: yo sigo siendo un ser humano, no necesito que nadie me dé una lección de cómo actúa un ser humano. ¿Por qué yo no salía de los predios universitarios?



Iría a la aldea situada al lado de la universidad para ver si podía ayudar aunque fuera un poquito.

Es exactamente lo que hice. Comencé muchas cosas pequeñas y me enfrenté a las actividades de los prestamistas usureros. El agiotaje era tan frecuente. La gente moría de hambre y los usureros se aprovechaban de ellos. Como investigador, empecé por determinar cuántos prestamistas había en la aldea. Con ayuda de un alumno hice una lista, y observé que 42 personas habían pedido préstamos por un total de 27 dólares. No podía creer que hubiera tanta humillación por menos de un dólar por persona.

Y ahí estaba yo, en las aulas, como cualquier profesor de economía en cualquier parte del mundo, hablando de planes quinquenales, de industrialización del país, de miles de millones en inversiones. Pero no sabía que esa gente no esperaba miles de millones de dólares; ellos estaban sufriendo porque no tenían centavos. Me sentí horrorizado, porque a pocos pasos de mi aula eso era lo que ocurría. No era la primera vez. Probablemente había estado ocurriendo durante siglos y a nadie le importaba.

Me concentré en buscar la solución para un problema tan difícil. Súbitamente, me di cuenta. La solución era sencilla: si yo les daba

esos 27 dólares a esas 42 personas, ellos podrían devolver el dinero y liberarse del prestamista. Eso fue lo que hice inmediatamente. No me di cuenta de lo que vendría. Fui a la aldea y la gente me miraba de manera muy diferente, como si hubiera bajado del cielo: “¡Es un milagro!”. Nadie había hecho nada parecido y me sentí emocionado. Pensé: si uno puede darle felicidad a tantas personas con tan poco dinero, por qué no seguir haciéndolo. Es tan fácil. Decidí hacer más porque la gente lo apreciaba y eso significaba mucho para sus vidas, pero me preguntaba cómo. Mi primera ocurrencia fue por qué no vincular a estos aldeanos con el banco que está en la universidad.

Con entusiasmo acudí al gerente del banco y le expliqué que debía dar préstamos a los pobres de la aldea. Él me miró como si no entendiera. No podía creer lo que yo había dicho. Aseguró que no se podía. Entonces, le pregunté: “¿Usted lo ha hecho antes?”. Respondió: “No”. Yo le dije: “¿Por qué no prueba?” Y él: “Es imposible hacerlo, ni vale la pena probarlo, es una locura”. Yo insistía: “Los prestamistas sí les dan dinero a los pobres”. Su respuesta fue: “Bueno, sí, pero los prestamistas pueden lograr que ellos paguen; nosotros, no”. Seguimos discutiendo. Me mandó a hablar con altos funcionarios y, finalmente, aprendí algo de ellos: me ofrecí como fiador, como garante. Les dije: “Voy a firmar todos esos papeles y ustedes me dan el dinero”.

Así hablaba su lenguaje, pero todavía tardé unos meses para alcanzar mi meta. Cuando se concretó, tomé el dinero, luego de prestarme como fiador, y se lo di a los aldeanos. En el banco me dijeron: “Te puedes despedir de tu dinero. Nunca lo vas a volver a ver”. Yo respondí: “Nunca he hecho nada que tenga que ver con banca, sé muy poco de bancos, pero me parece que se puede lograr”. Fijé pequeñas reglas para facilitar a los aldeanos la posibilidad de hacer el reembolso del dinero, y me sorprendí: funcionó, absolutamente todo el mundo me pagó. Me sentí más emocionado



y repetí el proceso en otra aldea, en otra más, en 10, 20 aldeas y, sin embargo, el gerente del banco no cambió de parecer. Siempre seguía esperando que todo colapsara. Cada vez que yo regresaba, él me decía: “Esta vez vas a colapsar. Tuviste suerte la primera y la segunda vez, no vas a tener tanta suerte después”. Y yo respondía: “Bueno, hasta que fracase”.

Después de hacerlo en 20 o 30 aldeas, me convencí de que el hombre del banco nunca iba a cambiar de parecer. Pensé, entonces, en crear un banco especial para los pobres. Empecé a hacer cabildeo ante el Gobierno para que me otorgara una licencia, y todo el mundo seguía diciendo: “Ustedes están locos. Ya tenemos bastantes problemas dando dinero a los ricos, que tampoco nos reembolsan. ¿Por qué nos vas a crear más problemas?”. Yo les dije: “No va a ser un problema para ustedes porque no les estamos pidiendo dinero. Vamos a utilizar nuestro dinero”.

Comenzamos con el proyecto en 1976 y, finalmente, gracias a algunas conexiones y tras lograr muestras de simpatía, obtuve las autorizaciones y nos convertimos en el Banco Grameen en 1983.

¿Qué es lo que hacemos? Es algo diferente de los bancos convencionales. Los préstamos son muy pequeños, de 10 y de 20 dólares. La diferencia no está en el monto. La diferencia está en la manera de hacer negocio, porque nuestro primer objetivo es que

la gente no vaya al banco sino que el banco vaya a la gente. Hoy en día el Banco Grameen tiene 24.000 trabajadores, que se reúnen físicamente con 7,2 millones de mujeres prestatarias en el lugar donde ellas viven. Como punto de partida fue eso lo que las hizo sentirse cómodas.

Lo segundo es que eliminamos completamente la burocracia. En realidad, la burocracia es lo que más le duele a los pobres. Ellos no pueden dar garantías; entonces, no vamos a exigir ninguna garantía, ningún documento, ningún historial del pasado. Simplemente se trata de un préstamo basado en un acuerdo de caballeros. Mucha gente dijo: “Ahora sí se va a meter en problemas. Algún día va a ver que nadie le va a reembolsar nada”. Me preguntan: “Profesor Yunus, ¿usted puede dormir tranquilamente? Respondo: “Sí”. Me advierten: “Usted está dando esa cantidad de dinero, millones de dólares, y no tiene ninguna garantía”. “Duermo muy tranquilamente. No me preocupa nada. Nuestra tasa de reembolso tradicionalmente es 99%”, digo.

Hay otra cosa en la que diferimos. Cuando argumentaba ante los gerentes de bancos convencionales que ellos no debían rechazar a los pobres, les dije: “Esto es injusto. Totalmente. Ustedes, simplemente, tienen un club de personas exclusivas para que ellas sigan enriqueciéndose, y cierran las puertas a aquellos que necesitan el dinero. Ustedes rechazan enormes cantidades de personas, rechazan a dos tercios de la población mundial que no podría calificar para un préstamo bancario. No solamente no deben rechazar a los pobres, tampoco deberían rechazar a las mujeres”. (Piensen en Venezuela. ¿Cuántos hay que no calificarían para un préstamo bancario?)

Los gerentes bancarios se molestaron y dijeron que eso no era así. Y yo les pedí: “Muéstreme la composición de género de sus prestatarios ¿Cuántos tienen, cuántos son hombres y cuántas son

mujeres?”. Ellos no me respondieron. Les dije que si 1% estaba formado por mujeres iba a aplaudirles, a resaltar el excelente el trabajo que hacían. Pero no llegaba ni siquiera a 1%, ni hoy en día llega a ese porcentaje.

Observé que había algo equivocado también en como trataban a las mujeres. Así que pensé que la mitad de los prestatarios de mi banco debían ser mujeres. Pero, cuando fui a tratar de convencer a las más pobres de que tomaran un préstamo -digamos de 10, 15, 20 dólares, un monto muy pequeño-, inmediatamente respondieron: “No. Yo no sabría qué hacer con el dinero, le tengo miedo al dinero, yo nunca he tocado dinero en mi vida. El dinero es algo que maneja mi esposo, yo no”. Salían corriendo cuando nos veían, huían de nosotros. Decían “ellos vienen a darnos dinero”, como si fuera algo horrible. Los estudiantes que trabajaban conmigo se cansaron. Pensaron que debíamos concentrarnos en los hombres. Me negué.

“Pero las mujeres no lo quieren”, argumentaban. Les expliqué que la que hablaba no era la mujer sino la historia, el pasado de esa mujer, tantos años de exclusión. Esa mujer está muy asustada. Son capas y capas de temor lo que ella tiene. Así que la estrategia más segura para ella es no involucrarse en nada parecido para que nadie se moleste. Pedí a los alumnos que siguieran explicándoles. Algún día, cuando esas capas de miedo desaparezcan, ellas se despertarán diciendo: “Voy a pedir dinero. Después de todo, yo sabré como usarlo”. Ese es el día que vamos a esperar.

Otra cosa que ayudaba es que cuando las primeras mujeres empezaron a recibir dinero se convirtieron en ejemplo para otras. Así que tardamos seis años para tener 50% de mujeres prestatarias. Estamos tan felices de haberlo logrado. Todo el mundo creía que no podíamos y, sin embargo, lo hicimos.

Luego nos dimos cuenta de que el dinero que llegaba a través de la mujer llevaba muchos beneficios a la familia. Los niños eran



los primeros favorecidos, mejoraba la vivienda, las mujeres utilizaban el dinero con mucha cautela, realmente lograban el máximo de ese dinero. Entonces, cambiamos nuestra política y dijimos: Bueno, vamos a olvidarnos de que sean 50%; vamos a concentrarnos en las mujeres. Por eso es que 97% de los prestatarios actuales son mujeres, es decir, literalmente somos un banco que trabaja para mujeres pobres y es propiedad de mujeres pobres. 7,2 millones de personas son no sólo clientes sino propietarias, son parte de la junta directiva.

Cuando se anunció el Premio Nobel dijeron que la mitad del premio sería para mí y la otra mitad, para el Banco Grameen. El Comité del Nobel me llamó: “Bueno, a usted le vamos a dar parte del premio, pero ¿a quién le vamos a dar la parte que es para el banco?”. Y respondí: “Claro, yo sólo soy un empleado. Deberían ser los propietarios quienes vinieran”. Y me preguntó el del Premio Nobel: “Y ¿quiénes son?”. Pensó, probablemente, en un rico. Dije: “Son 7,2 millones de mujeres pobres en Bangladesh. Ellas son las propietarias”. Él se asustó porque Noruega tiene solo 4,2 millones de habitantes, y no podía imaginar 7 millones de personas adicionales. Bueno, accedí, no voy a traer los 7 millones, voy



simplemente a traer a nueve mujeres que son parte de la junta directiva. Las elecciones actualmente son cada tres años, hay nueve miembros de la junta. Así fue que una mujer pobre de Bangladesh, en nombre de todas las mujeres pobres de Bangladesh y del mundo, se convirtió en Premio Nobel y hubo una gran celebración en todo el país.

¿Qué significa todo esto? Uno le da pequeños préstamos a las mujeres, a las pobres. Pero ¿qué significa eso en sus vidas? Es algo tremendo y pasó en Bangladesh en los últimos 20 o 25 años. El banco tiene 31 años de creado y desde entonces ha habido un empoderamiento de la mujer, empoderamiento dramático. Como resultado, la tasa de aumento de la población ha disminuido. Una cosa llevó a la otra. En el año 1975 nuestra tasa de fertilidad era de 6,7%. Una mujer daba a luz seis niños. En 2006 la tasa de fertilidad bajó a tres niños. La gente pregunta cómo ocurrió, si se trata de un país musulmán donde, tradicionalmente, la tasa de aumento de la población es alta. Simplemente, vemos que la vida de la mujer cambió al salir del estado de pobreza. Las alentamos, por ejemplo, a mandar a sus hijos a la escuela, y lo logramos. Hoy en día, ellas tienen 100% de sus hijos en la escuela. Luego,

empezamos a dar becas a los mejores alumnos. Más tarde, otorgamos préstamos estudiantiles para los que comenzaban en la universidad. Esos eran niños que pertenecían a familias totalmente analfabetas, nadie en su casa sabía leer o escribir, no tenían ninguna historia familiar de aprendizaje. Pero ahora la cosa cambió. Muchos de esos muchachos se están convirtiendo en médicos o ingenieros. Hay una nueva generación, totalmente diferente.

Cuando comenzamos a prestar a los mendigos, la gente consideraba que debíamos otorgar préstamos sólo a las personas con espíritu emprendedor. Nosotros dijimos: No, no rechazamos a nadie. Ni siquiera les preguntamos cuál ha sido su pasado. No estamos aquí para juzgar su pasado. Estamos aquí para darle apoyo para su futuro, cualquiera sea su futuro. No nos importa su historial de crédito. Para demostrarlo, hace tres años y medio empezamos a otorgar préstamos a los indigentes. Mis colegas en el banco se preguntaban cómo hacerlo. Dije: “¿Por qué no vamos a hablar con el mendigo y averiguamos qué lo empujó a esa forma de vida?”. Nos dimos cuenta de que algunos se volvieron mendigos porque sus padres habían sido mendigos y sus abuelos también. Era parte normal de su existencia. Nos sentamos a hablar de sus vidas y les propusimos lo siguiente: “Sigue pidiendo dinero de casa en casa, pero ¿por qué no llevas algo para vender? Te vamos a dar el dinero para que adquieras la mercancía. Eso no significa ningún trabajo adicional porque de todos modos vas de casa en casa”.

Al principio, no sabían cómo reaccionar. Algunos, sin embargo, dijeron: “Bueno, voy a probar”. Empezamos con 2.000, 3.000 indigentes; ahora, tenemos casi 100.000 en nuestro programa. Me emociona mucho pensar en el resultado. Casi una décima parte de ellos ha dejado de ser mendigo, y la gran mayoría pasó a ser mendigo a tiempo parcial, a medio tiempo. Así que yo me río. Creo que están cerrando su sucursal de mendigo, y están tratando de abrir la sucursal de ventas.

¿Qué significado tiene todo esto? A mi manera de ver, esto implica que todos los seres humanos tienen mucha creatividad, tienen un potencial ilimitado, así sean mendigos o niños que viven en la calle. Todos tienen grandes posibilidades, pero luego construimos nuestra sociedad de tal manera que la mayoría de esas personas nunca tendrán la oportunidad de percatarse de que tienen ese don, ni siquiera lo podrán vislumbrar. La sociedad no les ofrecerá la oportunidad de darse cuenta de que, con su capacidad, podrían ser artistas o poetas brillantes. ¿Por qué? Por la forma como ha sido construido el sistema. Entonces, decidimos que la pobreza no la crean los pobres. El sistema que construimos es lo que crea la pobreza. No es culpa de la gente ni de los pobres. Es un fenómeno impuesto artificialmente. No forma parte del ser humano.

Al razonarlo de esta manera, uno empieza a ver el mundo de manera diferente. Si tratamos de rediseñar nuestras políticas, nuestras instituciones, nuestros conceptos, entonces podemos luchar contra la pobreza. La semilla de la pobreza está en el diseño, en el concepto, no en la gente. Nuestra tarea consistirá en rediseñarlo. Menciono a los bancos como instituciones que no están haciendo lo correcto porque están dejando de lado a la mayoría de las personas. ¿Por qué no podemos crear un sistema bancario que no excluya a nadie excepto a los que no quieren dinero? Pero vamos a convencerlos de que sí lo quieren, igual que hicimos con las mujeres pobres.

Yo empecé a hablar del concepto de empresa. Señalé que es un concepto a medio hacer. Hoy en día, en el mundo hay una sola definición de lo que es empresa, cuyo fin es ganar dinero, la maximización de las utilidades, de la ganancia. Esa es la misión de una empresa. Pero creo que es bien humillante describir al ser humano como una máquina de fabricar dinero. El ser humano va mucho más allá. Sin embargo, la teoría nos ha empujado a cumplir el papel de sólo ganar dinero y no nos permite otra opción. Claro

que es muy importante ganar dinero, pero también hay otro tipo de trabajo importante, que no está incluido en el negocio o las empresas.

Hay facetas del ser humano que deben ser expresadas de maneras diferentes. Y me dije: ¿Por qué no crear una empresa para hacerle bien a la gente, que no tenga interés en ganar dinero y que resuelva los problemas de los demás. Eso es lo que yo llamo negocio social, empresa social, una compañía sin pérdidas y sin dividendos cuya meta es resolver un problema humano ¿Cuál podría ser esa meta? Sacar a la gente de la pobreza. Es una teoría social. ¿Por qué no podemos diseñar algo así y crear empleo para los desempleados? Yo puedo tener una empresa que emplee a otros, y no como caridad, no como beneficencia.

En Bangladesh lo que hicimos fue crear, por ejemplo, una fábrica de yogurt, una empresa en colaboración con Danone. La declaramos empresa social, lo cual significa que no vamos a sacar ganancias. Lo que hacemos es reinvertir el capital, pero no tener dividendos. Hay millones de niños desnutridos en Bangladesh; entonces, estamos produciendo yogurt al que añadimos los nutrientes necesarios para niños desnutridos: las vitaminas, el zinc, el hierro, el yodo, todo. Cuando los niños empiezan a tomar el yogurt regularmente, se alimentan mejor y, poco a poco, podremos darles su alimento completo. Se trata de un proyecto social, no estamos pensando en cuánto dinero ganaremos, lo que miramos es cuántos niños desnutridos menos tendremos. Cuando empezamos, le exigí a Danone que el envase en el que se serviría el yogurt fuera biodegradable, para no ensuciar el ambiente. Ellos encontraron una solución, y les pregunté: ¿Podemos comer ese envase? Respondieron: No. Entonces dije: Tenemos que encontrar una manera de que los niños no solamente puedan consumir el yogurt sino también el envase. Me decían que eso nunca existió. Yo dije:



Pero en un helado se puede comer el cono. ¿Por qué no se puede hacer lo mismo para el yogurt? Así que ahora investigan para encontrar la manera de fabricar un envase que se pueda comer y que sea nutritivo.

La gente me preguntaba: “¿Cómo vas a establecer empresas sociales?”. Les dije: Hay muchas personas que regalan dinero, crean fundaciones. Cuando uno hace filantropía, el dinero que se entrega desaparece. Por el contrario, en este caso, el dinero se reinvierte, se reproduce. Pensé que para lograrlo teníamos que crear una Bolsa de Valores Sociales, pues cuando acudimos a la bolsa siempre buscamos la receta que nos permita ganar más dinero. ¿Por qué no crear una Bolsa Social para ver quién está trabajando para los niños de la calle o quién está ayudando a traer agua potable? Luego vamos a esas empresas y las ayudamos. Las empresas que multiplican sus ganancias entrenan a la gente para que maximicen sus ganancias. También podemos entrenarlos para tener una filial social. Muchos de ustedes pueden iniciar una empresa social, aparte de la empresa que ya tienen, y eso será emocionante si funciona para la gente. Esa es la idea nueva, cambiar el concepto para sacar a la gente de la pobreza.



Lo último que dije es que no hay razón para que no desaparezca la pobreza. Si seguimos trabajando, podemos lograrlo. En el Banco Grameen, 74% de nuestros prestatarios ha superado la línea de la pobreza. Para el año 2015 hemos prometido que 100% de nuestros prestatarios la habrá dejado atrás. En el Banco Grameen lo haremos. ¿Y, entonces, cómo sabrán los niños lo que es la pobreza? Crearemos un museo de la pobreza, para que conozcan cómo era la pobreza en el pasado. Podemos crear museos de pobreza en el mundo entero, en todas las ciudades. La última persona pobre de una ciudad podrá abrir un museo diciendo: “Yo fui el último pobre que existió”. La pobreza no se debe al ser humano, se debe al sistema, hay que recomodar el sistema y podremos cambiar el mundo. Nadie más sufrirá con la miseria. Ese día podremos anunciar en los periódicos: 1 millón de dólares, si encuentra a un pobre. Nadie lo recibirá porque ya no habrá pobreza. Y eso no va a ocurrir en un futuro distante. Eso será muy pronto. Si queremos hacerlo, lo lograremos; si tenemos imaginación, lo crearemos. Si no lo imaginamos, no lo crearemos. Si no lo queremos, no lo crearemos. Queramos hacerlo. Vamos a soñar que podemos.

Gracias.

EXPOSICIÓN
EMPRENDEDORES
COMUNITARIOS
VENEZOLANOS

20 EMPRENDEDORES
NOS MUESTRAN EJEMPLOS CRIOLLOS
DE EXCELENCIA PERSONAL
Y POTENCIAL EMPRESARIAL DEL PAÍS.



Discurso de cierre

LUIS XAVIER LUJÁN

Vice Presidente de la Junta Directiva de Banesco Banco Universal

Estoy seguro de que no traiciono el espíritu

de todas las personas que esta noche nos hemos congregado, si afirmo que difícilmente olvidaremos lo que aquí ha ocurrido. De todas partes de Venezuela ha venido gente magnífica y distinta, dispuesta a ejercer el maravilloso don de la hospitalidad, que consiste en escuchar con apertura y alegría las palabras de otros.

Si algo merece nuestro entusiasmo es constatar la enorme diversidad de la que ahora mismo somos parte. Aquí están poetas y pintores, investigadores de las distintas ramas de la ciencia, comerciantes y sacerdotes, profesionales de todo lo imaginable, hombres y mujeres de la industria, la docencia, las finanzas, la comunicación, la salud y la historia. Lo que se respira en estas salas es un país, es el indeclinable deseo de la nación venezolana de alcanzar el punto óptimo de la convivencia.

Banesco intenta poner un grano de arena en este proceso de convivencia. Por ello hace unos años creamos la idea de una forma especial de hacer banca, que sirviera para llegar a personas que no tenían acceso al sistema bancario convencional, poder hacerles llegar el crédito y canalizar sus ahorros. Creamos entonces Banca Comunitaria Banesco.

Una realidad presente hoy en las zonas populares de Caracas, Carabobo y Miranda. Nuestro compromiso, señores, es multiplicar este año los 15.000 millones de bolívares, otorgados en montos promedio de 4,7 millones cada uno, la mayoría de ellos a clientes que nunca antes habían tenido una relación bancaria tradicional. Estas damas y estos caballeros son empresarios conquistadores de un futuro provisor para ellos, sus familias y su comunidad.



Banco

PALABR
VEN

Ellos, amigos, son los verdaderos emprendedores que sueñan una utopía para Venezuela. Nosotros creemos en ellos y hemos querido llamarlos emprendedores sociales. Son ellos los que, en definitiva, le dan sentido a todo lo que hacemos. Ciudadanos de los más diversos lugares de nuestra geografía, que son una fuente de energía para nosotros, porque es a través de su épica, como nos enseñan nuestros invitados de hoy, con sus historias, su creatividad, con la persistencia y un indeclinable sentido de la responsabilidad con sus familias y nación. Esta noche, un grupo de ellos nos acompañan.

Les hemos pedido que nos acompañen para recordarnos a todos la naturaleza del esfuerzo que nos espera en Venezuela durante los próximos años. La tarea de fundar un futuro es del colectivo y de cada quien, como estos emprendedores han demostrado.

Para mí y para las miles de personas que hacemos vida en Banesco, ha sido enriquecedor, honroso y trascendental haber tenido la oportunidad de abrir, una vez más, las puertas de nuestra casa a cada uno de ustedes. Nuestra recompensa es esencialmente una: Que cada quien salga de aquí sintiendo que ha escuchado algo que le importa, que le concierne. Una palabra, una frase que recordará un día, en el momento menos esperado. De ello trata la vocación más honda de *Palabras para Venezuela.*

Despidámonos unos de otros con el reconfortante aplauso que estos emprendedores sociales se merecen.



Nuestros emprendedores



OSWALDO AMARÉ

HEALTH CARE PHARMACEUTICAL

Cliente Banesco

“Yo percibo todos los días que estoy construyendo mi camino que es precisamente mi empresa, tanto en beneficio de todos los que formamos parte de Health Care Pharmaceutical como del mercado nacional. A pesar de que el inicio fue complejo, nuestro logro más importante es ser una empresa que ha podido mantenerse en el período más difícil de la historia venezolana, crecer frente a las dificultades y tener la madurez suficiente para abordar nuevos mercados. La satisfacción del cliente es algo integral. No es solamente dar ofertas o bonificaciones, sino convertirse en un

asesor comercial y colaborar en nuestra área, y en todas aquellas áreas que sean necesarias. El compromiso fundamental es mantener altos estándares de calidad y ser fiel a nuestros principios”.



CARLOS ARIAS

CHARCUTERÍA.

Calle Canaima, La Vega

Cliente Banca Comunitaria Banesco

“Todo depende de uno mismo. Yo a las cinco de la mañana ya estoy trabajando, si no es en el local es buscando la mercancía. Lo que hay que tener es ganas. Traten de hacer lo posible para meterse en los negocios, porque sí se puede salir de abajo. Hay que buscar un poquito de ayuda... Yo nunca había recibido apoyo y un día me dieron la oportunidad”.



DORIS BARRETO

BODEGA. La Silsa, Catia

Cliente Banca Comunitaria Banesco

“El éxito de uno es progreso para el país. Le digo a mi gente que se organicen y busquen esa misma ayuda que tuve yo para seguir trabajando y seguir hacia delante, luchando y colaborando con el barrio. Uno tiene que ser agradecida, pero además hay que cumplir con quien lo ayuda a uno”.



MARIELA CAMACHO

DISTRIBUIDORA JUMANELA

(Repostería y artículos de fiesta)

Mercado de Mesuca.

Cliente Banca Comunitaria Banesco

“Estoy aquí desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche; no tengo días libres, y si los quiero agarrar puedo hacerlo, pero siempre con la preocupación de que el negocio funcione y esté lleno de

clientes. Veo mi negocio y doy gracias a Dios a donde he llegado. Siempre está lleno de gente. Hay que tener mucha paciencia y mucho empeño, porque esto requiere ser constante; no solamente un día ni dos, sino todos los días”.



ELISA CASTELLANOS

VENTA DE EMPANADAS. Caricuao

Cliente Banca Comunitaria Banesco

“Tengo aquí cinco años y me ha ido muy bien. El negocio no era tan grande, pero con la ayuda del Banco he ido creciendo. Lo primordial en este negocio es la sazón y la atención del público. Mientras los negocios grandes abren tarde, aquí estoy yo, siempre tempranito, atendiendo a mi gente”.



MIRIAM CEDEÑO

KIOSCO DE VENTA DE COMIDA.

23 de Enero, Catia

Cliente Banca Comunitaria Banesco

“Tengan primero paciencia y amabilidad con los clientes. Sean responsables con las personas a quienes sirven y con las que los ayudan. Vayan poquito a poco, porque si no trabajan con cariño no logran nada”.



NELSON GONZÁLEZ

VENTA DE EMPANADAS.

Calle Colombia, Catia

Cliente Banca Comunitaria Banesco

“Un país se desarrolla trabajando de verdad y haciendo esfuerzos. Si todos pusiéramos un granito de arena y nos dedicáramos en serio, sin egoísmos, sin envidias, en equipo, Venezuela saldría de la crisis. Lo mejor de tener ingreso propio es que

uno tiene más ingresos y poco a poco se va superando. Las metas, si uno se las propone de verdad, con esfuerzo, las logra. Así es como se obtiene el apoyo de otros, crédito y colaboración.



ADDIS ESPITIA

VENTA DE ACEITES Y LUBRICANTES.

Los Paraparos, La Vega

Clientes Banca Comunitaria Banesco

“Cuando viene un cliente malhumorado le doy mi mejor sonrisa para enseñarle que con esa cara no se gana nada. Siempre lo mejor es sonreír, a pesar de los mil problemas que uno tenga”.



LUIS DANIEL DÍAZ

VENTA DE CELULARES.

Guarenas, Higuerote y Río Chico

Cliente Banesco

“Yo creo en el país, yo creo en la gente, yo creo en el venezolano. A pesar de las dificultades y con todos los tropiezos del país seguirá avanzando. En el caso de una pequeña empresa existe una interrelación más humana, más cercana con el público

y tus aliados. Para nosotros es muy importante esa conexión diaria con el cliente, conocer sus necesidades. Estamos muy comprometidos con el pueblo, con la gente. Cuando inicias tus ideas con tu propia convicción no tienes limitaciones, sino las que tú te pongas. Si tienes las herramientas y tienes el apoyo, puedes llegar a donde tú realmente quieras estar”.



LUIS FERNÁNDEZ CASTRO

PANADERÍA SAN MIGUEL. Petare

Cliente Banca Comunitaria Banesco

“Si no tienes deseos de trabajar y superarte no tienes nada. Claro que es bueno ser tu propio jefe. Pero si no se abre el negocio no se vende, si no se hace el pan, no hay ganancia. Esa es la responsabilidad de todos los días. Cada día hay que hacer las cosas mejor, que el cliente se

mantenga, porque si no se mantiene el cliente no tienes nada. Entonces, la responsabilidad está en eso, en ofrecer una mejor mercancía cada día para tener éxito. Aquí los precios son solidarios, mejores que en otras partes. El pan de guayaba está a quinientos, los coquitos y las piñitas a cien, y todavía se pueden bajar. He pensado ofrecer un combo estudiantil para los muchachos. Busco bajar el costo para las madres que necesitan que sus hijos lleven una buena alimentación al colegio”.

PALABRAS
Para
VENEZUELA 2007



© 2007, Banesco Banco Universal, C.A.
1ª Edición

**Publicación coordinada
por la Vicepresidencia
de Comunicaciones Externas
y Asuntos Sociales**

Textos:
Michaelle Ascencio
Armando Coll

Edición:
Cecilia Torres

Diseño:
Bimedia 21 Diseño Editorial, C.A.

Fotografías:
Sandra Bracho
Abigail Machado

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lf 25220073004372
ISBN: 978-980-12-2871-4

Impresión:
Arte Tip C.A.

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

“He estado muy preocupado en tratar de decidir

qué es lo que debía decirles, porque no soy muy aficionado a dar discursos o a la prosa. Soy un mal pensador. Entonces yo pensé que quizás lo mejor que podía hacer era leerles una poesía, especialmente de un libro que se titula *Omeros*”.

Derek Walcott

Premio Nóbel de literatura 1992

“Es un placer haber vuelto a Venezuela.

La primera vez que vine, en el año 2001, no sabía casi nada de este país porque en Asia, sobre todo en el sur, no se conoce nada de América Latina; en contraparte, los latinoamericanos tampoco saben mucho de esa región. Así que mi visita en el año 2001 se convirtió en un gran descubrimiento”.

Mohammad Yunus

Premio Nóbel de Economía 2006